



Grillo

PRESENTE PRIMERA Y NORMAL

GRUPO

Graci
in
cu
tir
sita
gand
pelota en BARREIRO

REVISTA ESCOLAR DEL CONSEJO NACIONAL DE ENSEÑANZA PRIMARIA Y NORMAL

Director:

Carlos Alberto Garibaldi

Colaboran en este número:

Verdad Risso de Garibaldi, Electra Vilaboa de Bianchi, Nilda Novo, Jorge Chebataroff, Alvaro Figueredo, Serafin J. García, Juan José Morosoli, Generoso Medina, Fernán Silva Valdés, Juan Antonio Vázquez y Daniel D. Vidart.

Consejo Nacional de Enseñanza Primaria y Normal:

Presidente: Sr. Oscar Secco Ellauri.
Vicepresidente: Sr. Nicasio H. García.
Vocal: Sra. Blanca Samonati de Parodi.
" Sr. Felipe S. Abella.
" Sr. Enrique Santías.
Secretario: Sr. Alberto E. Lezama.
Prosecretario: Sr. Raúl Lecumberry.

Ilustran:

Maria Mercedes Antelo, Elsa Carafí de Marchand, Bell Clavelli de Oliveras, Eduardo Amé-
zaga, Aníelo Hernández, Edgardo Ribeiro, Jorge Carrozzino y Mario Spallanzani.

Portada: Mi conejo. Víctor G. Bettoni. 10 años.

S U M A R I O

Juan de Hierro. (Cuento del folklore germano.)

Literatura nacional: Los juguetes. Las bolitas.
Los trompos. Prosa y poesía de Juan José Morosoli.

Historia nacional: Los orientales en Ituzaingó.

Geografía del Uruguay: La Sierra Mahoma.

De nuestra flora: El espinillo.

Por el mundo animal: La araña teje su red.

Páginas nuestras: El mate de las Morales. (Tradición montevideana.)

Crónicas uruguayas: El yuyero.

Músicos de nuestro país: Luis Nicolás Sam-
bucetti.

Beethoven (Bronce). Escultura de Antonio Pena.

Maestros de la pintura contemporánea: Pablo
Picasso.

La expresión del niño: Dibujos infantiles.

Estampas de viaje: Una plaza de Florencia.

Pueblos famosos de la antigüedad: Los navegan-
tes minoicos.

Razas y costumbres extrañas: Los pigmeos del
África Central.

Artistas del Uruguay: Antonio Pena. Juan José
Morosoli.

Por tierras de América: La siembra en el Valle
Calchaquí y en la Quebrada de Humauaca.

Historia americana: El Grito de Ipiranga.

Geografía de África: El desierto de Sahara.

Historia de los alimentos: La papa.

Al niño campesino: El gallinero.

Historia de los animales domésticos: El perro.

Leyendas del ayer: Las cinco edades del mundo.

Espejo del mundo: El ozono, gas protector de la
vida. El volcán Krakatoa. El ámbar amarillo.
Las fulguritas. Los edificios más altos de
América.

Entretenimientos.

Arte del antiguo Egipto: Pájaros en una a

MONTEVIDEO — URUGUAY

Edición fuera de comercio.

Los derechos de propiedad artística, literaria
y características gráficas de "El Grillo", son
reservados y pertenecen al Consejo Nacional de
Enseñanza Primaria y Normal. Está prohibida
la reproducción, traducción o adaptación de sus
materiales para todos los países.

TIRADA: 80.000 EJEMPLARES

Impreso



Esa Canafi

Juan de Hierro

(CUENTO)

ERASE una vez un rey que tenía un gran bosque junto a su palacio, poblado de caza de toda especie. Un día envió a un montero con encargo de cazar a un ciervo; pero el hombre no regresó. "Tal vez le haya ocurrido algo", pensó el Rey, y, al día siguiente, mandó a otros dos monteros en su busca; pero tampoco volvieron. Al tercer día hizo llamar a todos los monteros de la Corte, y les dijo:

—Recorred todo el bosque y no cejéis hasta haber encontrado a los tres desaparecidos—. Pero tampoco regresó ninguno del grupo, ni se supo nada más de los perros de la jauría que llevaban con ellos.

A partir de entonces, nadie se atrevió ya a aventurarse en aquel bosque, que quedó silencioso y solitario; sólo de tarde en tarde veíanse volar sobre él un águila o un azor. Así pasaron muchos años, hasta que un día presentóse al Rey un cazador forastero y, pidiéndole vituallas, ofrecióse a penetrar en el peligroso bosque. El Rey, empero, se negó a ello diciéndole: —Es un lugar siniestro. Me temo que no tendrás mejor suerte que los otros, y que no saldrás de él.

Pero el cazador insistió: —Dejádmelo intentar por mi cuenta y riesgo, señor; yo no conozco el miedo.

Y el cazador se internó en el bosque, seguido de su perro. Al poco rato, el animal ventó una pieza y se puso a perseguirla; mas apenas hubo avanzado unos pasos, encontróse ante un profundo charco, que lo obligó a detenerse. Un brazo desnudo salió del agua y, apresando al perro, sumergióse de nuevo con él. Al verlo, el cazador retrocedió en busca de tres hombres provistos de baldes, con los cuales vaciaron la charca. Cuando quedó el fondo al descubierto, apareció un hombre de aspecto salvaje, con el cuerpo bronceado como de hierro oxidado y una cabellera que le cubría el rostro y le llegaba hasta las rodillas. Atáronlo con cuerdas y lo condujeron al palacio, donde su aspecto produjo enorme extrañeza. El Rey mandó encerrarlo en una celda con rejas de hierro y prohibió, bajo pena de muerte, que nadie abriese la puerta, confiando la custodia de la llave a la Reina en persona. A partir de aquel momento, todo el mundo pudo transitar por el bosque sin peligro.

Tenía el Rey un hijo de ocho años que, jugando un día en el patio del palacio, al tirar su pelota de oro, se le fue a caer dentro de la celda.

Corrió allí el pequeñuelo y dijo:

—¡Dame la pelota!

—Antes tienes que abrirme la puerta — respondióle el prisionero.

—No — replicó el niño —, no haré tal cosa; el Rey lo ha prohibido — y escapó corriendo. Al día siguiente volvió a reclamar su pelota, y el hombre insistió:

—Ábreme la puerta —; mas el pequeño no quiso.

Al tercer día, cuando el Rey había salido del palacio, insistió el niño y le dijo:

—Aunque lo quisiera, no podría abrir la puerta; no tengo la llave.

Replicóle entonces el salvaje:

—Está debajo de la almohada de tu madre; allí la encontrarás.

El niño, deseoso de recuperar su juguete, fue a buscar la llave. Abrióse la puerta pesadamente, y el salvaje, después de devolver la pelota al principito, apresuróse a huir. Pero al chiquillo le entró miedo, y, rompiendo a llorar, lo llamó:

—Salvaje, ¡no te marches! Si te escapas, me pegarán.

Retrocedió el fugitivo y, cargándose al pequeño en hombros, corrió a esconderse en el bosque.

Al regresar el Rey y ver vacía la celda, preguntó a la Reina qué había ocurrido. Pero ella no sabía nada. Subió a buscar la llave, y no la encontró. Llamó al niño, pero no le respondió nadie. Entonces el rey envió gente en busca de su hijo; mas todos regresaron sin noticias de él. No era difícil adivinar lo ocurrido, y la corte fue presa de una gran aflicción.

Mientras tanto, el salvaje había vuelto a su tenebroso bosque, bajó al pequeñuelo y le dijo:

—No volverás a ver a tu padre ni a tu madre; pero te guardaré a mi lado, pues me has devuelto la libertad y te tengo lástima. Si haces cuanto te diga, lo pasarás muy bien. Poseo más oro y riquezas que nadie en el mundo.

Preparó para el muchachito un lecho de musgo, y la criatura no tardó en dormirse. Al día siguiente, el hombre lo condujo al borde de un manantial y le dijo:

—¿Ves? Esta fuente de oro es limpiada y clara como cristal; siéntate en la orilla y ten cuidado de que no caiga nada en ella, pues quedaría impura. Todos los días, al atardecer, vendré a com-



probar si has cumplido mi orden.

Sentóse el niño al borde del manantial y pudo ver que de vez en cuando aparecían en sus aguas un pez y una serpiente de oro, mientras él vigilaba que no cayese nada en ellas. Hallándose así sentado, de pronto sintió en el dedo un dolor tan intenso que, sin pensar, lo sumergió en el agua. Aunque lo retiró en seguida le quedó dorado y, por más que hizo, no pudo borrar el oro. Al anochechar presentóse el hombre de hierro y, mirando al niño, le preguntó:

—¿Qué le ha pasado a la fuente?

—Nada, no le ha pasado nada — respondió el pequeño, escondiendo la mano. Pero el hombre le dijo:

—Has metido el dedo en el agua. Por esta vez te perdono; mas guárdate de volver a meter nada en ella.

A la mañana siguiente, el chiquillo reanudó su guardia al borde del manantial. El dedo le dolía de nuevo, él se lo restregó en la cabeza y tuvo la desgracia de que le cayese un cabello al agua, y aunque se dio prisa en sacarlo, estaba ya completamente dorado. Al llegar el hombre de hierro, ya sabía lo ocurrido.

—Has dejado caer un pelo en el agua — le dijo. — Otra vez te lo perdono. Pero si vuelve a suceder, la fuente quedará mancillada, y no podrás seguir viviendo conmigo.

Al tercer día, el muchachito estaba junto a la fuente sin moverse. Como el tiempo se le hacía largo, quiso mirarse en ella y, al inclinar la cabeza para verse bien la cara, sus largos cabellos, que le llegaban a los hombros, se le mojaron en el agua, y, aunque lo retiró inmediatamente, quedaron dorados y brillantes como el sol. Ya podéis imaginar el espanto del pobre niño. Tomó el pañuelo y se lo arrolló en la cabeza para que el hombre de hierro no lo viese. Pero cuando éste vino, ya lo sabía todo y dijo:

—Quitate el pañuelo — y aparecieron los dorados bucles. Intentó disculparse el pequeño, pero de nada le sirvió.

—No has vencido en las pruebas, y no puedes seguir aquí. Máchate a correr mundo. Así sabrás lo dura que es la pobreza. Pero como tienes buen corazón, y yo quiero tu bien, te concederé un favor. Cuando te encuentres en un apuro, corre al bosque y grita: “¡Juan de Hierro!”. Acudiré en tu auxilio. Mi poder es grande, mayor de lo que tú crees, y tengo oro y plata en abundancia.

El principito salió del bosque y se puso en marcha, por caminos trillados y no trillados, hasta que al fin llegó a una gran ciudad. Buscó en ella trabajo, sin encontrarlo. Finalmente, presentóse en el palacio del rey del lugar y preguntó si lo querían como criado. Al mayor-domo le resultó simpático y le permitió



quedarse. El cocinero lo tomó a su servicio, diciendo que podría ir por leña y por agua y recoger las cenizas.

Un día en que estaban ausentes los camareros, el cocinero le mandó servir la comida a la mesa real, y el chiquillo, para ocultar su cabellera de oro, dejóse puesto el casquete. Al Rey nunca le había ocurrido una cosa semejante y le dijo:

—Cuando te presentes a servir la mesa real debes descubrirte.

—¡Oh, Majestad! — justificóse el niño —, no me atrevo, pues tengo tiña.

El Rey mandó llamar al cocinero y le riñó por haber tomado a su servicio a aquel chiquillo, ordenándole que lo despidiese en el acto. El cocinero, sin embargo, apiadándose del pequeño, lo cambió por el mozo del jardinero.

Desde entonces, el muchacho hubo de pasarse las horas en el jardín, plantando, regando y cavando. Un día caluroso de verano, en que estaba trabajando solo, se quitó el casquete; al reflejarse los rayos del sol en su cabello, el brillo de éste fue a proyectarse en la habitación de la princesa. Esta saltó de la cama para averiguar de dónde venía el reflejo. Viendo al chiquillo, le gritó:

—¡Muchacho, tráeme un ramo de flores!

Apresuróse él a ponerse de nuevo el casquete, y cogiendo unas flores silves-

tres, hizo de ellas un ramillete. Al entrar en la habitación, díjole la hija del Rey:

—Quitate el sombrero. No puedes presentarte ante mí con la cabeza cubierta. Y la joven le quitó el casquete y la dorada cabellera se le soltó sobre los hombros, y era tan bonita que era una gloria verla. Quiso escapar el niño; pero ella lo retuvo, tomándolo del brazo.

A la mañana siguiente volvió a mandarle la princesa que le trajese un ramillete de flores del campo y, cuando se presentó con él, quiso quitarle también el sombrerito; pero el muchacho lo mantuvo sujeto con ambas manos. La misma escena repitióse el tercer día. La princesa no pudo quitarle el casquete.

Al poco tiempo, el país entró en guerra. El rey convocó a sus tropas, dudando de si podría resistir al enemigo, que era muy poderoso y tenía un ejército inmenso. Dijo entonces el mozo jardinero:

—Ya soy mayor y quiero ir a la guerra. Dadme un caballo.

Los otros echándose a reir, le replicaron:

—Cuando hayamos partido, te lo buscas. Te dejaremos uno en el establo.

Y, efectivamente, cuando ya hubo marchado la tropa, bajó él a la cuadra y sacó de ella al animal, que era cojo de una pata y avanzaba renqueando. Montó en él, a pesar de todo, y se dirigió al bosque, donde gritó por tres veces: “¡Juan de Hierro!”, tan fuertemente, que su voz resonó a través de los árboles. En seguida se presentó el salvaje y le preguntó:

—¿Qué quieres?

—Quiero un buen corcel, pues voy a la guerra.

—Lo tendrás, y más aún de lo que pides.

El salvaje volvió a internarse en el



bosque, y al poco rato salía de él un mozo de cuadra que conducía un magnífico e indómito caballo. Detrás venían guerreros con armaduras de hierro y espadas que centelleaban al sol. El muchacho entregó al mozo de cuadra su cojo jamelgo y, montando el brioso corcel, púsose al frente de la tropa. Al aproximarse al campo de batalla, buena parte del ejército del Rey había caído ya, y el resto estaba a punto de darse a la fuga. Atacó entonces el joven con sus hombres y, como un huracán, derribó cuanto se oponía a su paso. Las tropas adversarias trataron de huir, pero el joven se lanzó en su persecución y las derrotó. Luego, en vez de dirigirse al Rey, condujo a su hueste al bosque, y llamó de nuevo a Juan de Hierro.

—¿Qué quieres? — preguntó el salvaje.

—Quédate con tu corcel y tu hueste, y devuélveme mi caballo cojo.

Hízose como pedía, y el muchacho emprendió el regreso al palacio montado en su rocín.

Cuando el Rey llegó a la Corte, salió su hija a recibirlo y lo felicitó por su victoria.

—No he sido yo el vencedor — respondióle el Rey — sino un caballero desconocido que acudió en mi ayuda al frente de sus tropas.

Quiso la princesa saber quién era el tal caballero, pero su padre lo ignoraba.

La joven preguntó al jardinero por su ayudante, y el hombre, echándose a reír, dijo:

—Acaba de llegar en su jamelgo cojo, y todo el mundo lo ha recibido con burlas, exclamando: "¡Ahí viene nuestro héroe!". Y al preguntarle: "¿Dónde estuviste durmiendo durante la pelea?", él ha replicado: "He hecho una buena labor; sin mí, lo habríais pasado mal". Y todos han soltado la carcajada.

Dijo el Rey a su hija:

—Quiero organizar un gran torneo que dure tres días, y tú arrojarás una manzana de oro. Tal vez se presente el desconocido.

Cuando anunciaron la fiesta, el mozo se fue al bosque y llamó a Juan de Hierro.

—¿Qué quieres? — preguntóle éste.

—Ser yo quien coja la manzana de oro de la princesa.

—Puedes darla por tuya — respondió Juan de Hierro —. Te daré una armadura roja y montarás un brioso alazán.

Al llegar la fecha señalada apareció el mozo al galope y situóse entre los caballeros. Adelantóse la princesa y arrojó una manzana de oro. Nadie la cogió sino él; pero no bien la tuvo en su poder, escapó a toda velocidad. Al segundo día, Juan de Hierro le dio una armadura blanca y un caballo del mismo color. Nuevamente se apoderó de la manzana, y otra vez se alejó con ella sin perder momento.

Irritóse el Rey y dijo:

—Esto no está permitido; debe presentarse y decir su nombre.

Y dio orden de que, si volvía a comparecer el caballero, se le persiguiese si intentaba escapar.

Al tercer día, Juan de Hierro le proporcionó una armadura y un caballo negros, y él volvió a quedarse con la man-

zana. Al huir con ella, persiguiéronle los hombres del Rey, llegando uno tan cerca, que lo hirió en una pierna con la punta de la espada. No obstante, el caballero logró fugarse; pero eran tan formidables los saltos que pegaba su caballo que se le cayó el yelmo, y sus perseguidores pudieron ver que tenía el cabello dorado. Al regresar a palacio se lo explicaron al Rey. Al día siguiente, la princesa preguntó al jardinero por su ayudante.

—Está en el jardín, trabajando. Es un mozo muy raro. Estuvo en la fiesta y no regresó hasta ayer. Además, enseñó a mis niños tres manzanas de oro que había ganado.

El Rey lo hizo llamar a su presencia, y el muchacho se presentó sin descubrirse. Mas la princesa se le acercó, le quitó el sombrero, y la cabellera le cayó en dorados bucles por encima de los hombros, apareciendo el muchacho tan hermoso, que todos los presentes se asombraron.

—¿Fuiste tú el caballero que estuvo los tres días en la fiesta, cada uno con diferente armadura, y ganó las tres manzanas de oro? — preguntó el Rey.

—Sí — respondió el mozo —, y ahí están las manzanas — y, sacándolas del bolsillo, las ofreció al Rey. — Y si todavía queréis más pruebas, podéis ver la herida que me causaron vuestros hombres al perseguirme. También soy yo el caballero que os dio la victoria sobre vuestros enemigos.

—Si realmente puedes realizar semejantes hazañas, no has nacido para mozo de jardín. Dime, ¿quién es tu padre?

—Mi padre es un rey poderoso.

—Bien veo — dijo el Rey — que estoy en deuda contigo. ¿Puedo pagártela de algún modo?

—Sí — contestó el mozo —, sí, podéis: dadme por esposa a vuestra hija. Sonrió la princesa y dijo:

—¡Éste no se anda con cumplidos! Ya había notado yo que no era un ayudante de jardinero — y, acercándosele, le dio un abrazo.

En la boda estuvieron presentes los padres del joven, locos de alegría, pues habían perdido toda esperanza de volver a ver a su hijo querido. Y cuando ya se habían sentado a la espléndida mesa, cesó de pronto la música, se abrieron las puertas y entró un rey de porte majestuoso, seguido de su gran séquito. Se dirigió al príncipe, lo abrazó, y le dijo:

—Yo soy Juan de Hierro. Me habían hechizado, transformándome en aquel hombre salvaje; pero tú me has desenchantado con tu noble corazón. Tuyos son todos los tesoros que poseo.

LOS JUGUETES



CUANDO mi madre estuvo grave, nosotros salimos de nuestro hogar. Mi abuela se llevó a mis hermanos más chicos y yo fui a aquella casa que era la más lujosa del pueblo. Mi compañero de banca vivía allí.

La casa no me gustó desde que llegué a ella.

La madre de mi compañero era una señora que andaba siempre recomendando silencio. Los criados eran serios y tristes. Hablaban como en secreto y se deslizaban por las piezas enormes como sombras. Las alfombras absorbían los ruidos y las paredes tenían retratos de hombres graves, de caras apretadas por largas patillas.

Los niños jugaban en la sala de los juguetes sin hacer ruido. Fuera de aquella sala no se podía jugar. Estaba prohibido. Los juguetes estaban alineados cada uno en su lugar, como los frascos en las boticas. Parecía que con aquellos juguetes no hubiera jugado nadie. Yo hasta entonces había jugado siempre con piedras, con tierra, con perros y con niños. Pero nunca con juguetes como aquellos. Como no podía vivir allí, mi padrino, don Bernardo, el vasco, me llevó a su casa.

En casa de mi padrino había vacas, mulas, caballos, gallinas, un horno de cocer pan y un galpón para guardar maíz y alfalfa. La cocina era grande como un barco. En el centro tenía un picadero de leña enterrado en el suelo. Cerca de la chimenea una llanta de carreta reunía pavas, parrillas y hombres. Pájaros y gallinas entraban y salían.

Mi padrino se levantaba a las cinco de la mañana y comenzaba a partir leña. Los golpes que daba con el hacha resonaban por toda la casa. Una vaca mimosa venía hasta la media puerta y balaba apenas lo veía. Luego un concierto de golpes, mugidos, gritos, cacarear y batir de las alas, conmovían la casa. A veces al entrar en las piezas, el vuelo asustado de un pájaro que se sorprendía nos paraba indecisos. La casa era una cosa viva y trepidante.

La leche espumosa y el pan casero, migón y dorado, nos acercaban a todos a la mesa, como a un altar.

Nuestras mañanas transcurrían en el galpón oloroso de alfalfa. De unos mechinales altos, que el sol perforaba, caían hacia el piso unas listas de luz donde danzaba el polvo.

Las ratoneras entraban y salían para todos lados, pues allí había muchísimas.

En casa de padrino supe que los juguetes y los juegos que hacen felices a los niños, no están en las jugueterías.

JUAN JOSÉ MOROSOLI

LAS BOLITAS

A BICHITO

¡A la troya, muchachos! Por una nada más...
 ¡Qué pena tener que pagar esta azul!...
 ¡Es la que me gusta más!
 En el centro está tejida
 lo mismo que un canevá...
 Ya la perdí una vez,
 y a pesar de que anduvo
 mucho tiempo en bolsillos extraños,
 vuelve a mí brillante
 como si nunca la hubiera perdido
 o como si la hubiera sacado recién del fondo del mar...
 ¿Se han fijado en las bolitas
 con muchos colores en el centro?
 Parecen ojos luminosos, vivos,
 de niños...
 Son lindas, graciosas...
 Saltan como pedrezuelas vivas
 o forman irisados caprichos geométricos al rodar.
 Yo las levanto del suelo con viva curiosidad
 y con las que gano, me parece que debo trabar amistad.
 Las quiero a todas igual.
 Las azules me recuerdan los ojos de Mari-Luz...
 Y las negras — ojos de niñitos ciegos —
 ¡Qué honda lástima me dan!

Las bolitas son la primera niñez.
 Recordándolas evoco mi traje de colegial,
 la cartera en bandolera: los recreos sin disputa.
 Después...
 Tuvimos los primeros pantalones largos...
 Y nos escondimos para jugar:
 ¡para que "las niñas" de la misma "clase"
 no nos pudieran ver!
 He tenido muchas en la palma de la mano
 como un racimo desgranado de mil colores.
 Las arrojaba en la acera a puñados...
 Hacían un ruido parecido
 al que hacen en las torrenteras los cantos rodados...
 ¡Saltaban! ¡Saltaban!
 Como saltan las siete cabrillas del cielo
 o los caballitos de espuma del mar...

LOS TROMPOS

¡Los trompos! ¡Los trompos! ¡Los trompos!
 ¡Qué dulce, rotunda alegría, me llena la voz!
 ¡Qué voz recia: trompo! ¡Qué juego más fuerte!
 ¡Qué juego más lleno de movimientos y de color!
 ¡Cascarillas o dormilones todos los trompos tienen
 forma de corazón!
 ¡Azules o rojos, todos tienen mil colores
 cuando bailan al mediodía bajo el sol!

La troya: un círculo que hacíamos en la tierra
 y estábamos todos alrededor
 como si en el centro hubiera un abuelo
 contándonos un cuento... Tirábamos después
 una moneda a cara o sol
 para elegir salida...
 ¡Zumbaba el trompo y se dormía vibrando
 como si fuera de metal o tuviera dentro
 un corazón!...
 ¡Qué fiesta de los torsos y de los brazos y de la voz!
 ¡Y qué algazara
 para festejar la habilidad de un jugador!
 ¡Qué alegría ganarle el trompo a un compañero
 entre golpes y risas
 a la salida de la escuela "al rayo del sol"!

¿Dónde están los muchachos de mi tiempo
 inquietos, hábiles y fuertes con el trompo zumbador,
 que danzaba como un loco en nuestras manos
 como nos danzaba
 loco de juventud el corazón?

JUAN JOSÉ MOROSOLI



LOS ORIENTALES EN ITUZAINGÓ

HABÍA culminado la gloriosa Cruzada de los Treinta y Tres. Rincón, Sarandí y la Declaratoria de Florida acababan de conferir a los patriotas la credencial que esperaba el gobierno de las Provincias Unidas para aceptar la reincorporación de la Oriental, desde hacía casi diez años dominada por Portugal y por Brasil. Entonces, la lucha por la independencia en que Lavalleja y Rivera estaban empeñados, empezó a tomar un giro más favorable; un poderoso ejército se organizó en Buenos Aires y pasó a la Provincia Oriental para colaborar en la guerra contra el Brasil. Fue su jefe el General Alvear, y el contingente patriota, bajo el mando de Lavalleja, fue destinado al puesto de mayor gloria pero también de mayor peligro: la vanguardia.

Se iniciaron las operaciones llevando la guerra al propio territorio brasileño, el que fue invadido por la frontera en el departamento de Cerro Largo, en dirección a Bagé. Diversos combates se realizaron en los que, con importante participación de las fuerzas de Lavalleja, fue mellándose el poderío del ejército imperial que operaba a las órdenes del Marqués de Barbacena.

En Ituzáingó habría de producirse poco después la culminación exitosa de la campaña.

Ituzáingó ha sido llamada "la batalla incompleta", porque si bien no hay duda de que en ella los brasileños de Barbacena fueron derrotados por Alvear, no es menos cierto que el brasileño pudo retirarse ordenadamente sin ser perseguido con vis-

tas a la destrucción que es de rigor en todo combate victorioso.

Fue el 20 de febrero de 1827 cuando, al amanecer, los adversarios se encontraron en la llanura de Ituzáingó, junto al Paso del Rosario que, sobre el río Santa María, dista unos cien kilómetros al noreste de nuestra ciudad de Rivera. La vanguardia oriental, con el bravo Lavalleja al frente, se componía de tres mil hombres y, según las directivas de Alvear, debía colocarse en el ala izquierda de la línea de batalla. Lavalleja, que al acampar durante la noche anterior había resultado con sus fuerzas ubicado sobre la derecha, con las primeras luces del día inició el fuego contra el enemigo que estaba a su frente, que lo era el Mariscal Abreu; éste fue el momento en que el glorioso jefe de los Treinta y Tres recibió la orden de proceder a trasladarse al ala izquierda. Lavalleja no obedeció, y esto, que es sin ninguna duda una grave falta, encuentra su explicación en el temperamento impulsivo y ardoroso del oriental que, ya bajo el fuego enemigo, se negó a salir de él para no dar la impresión de que eludía el combate. En la primera oportunidad propicia, Lavalleja lanzó a sus tres mil valientes contra las posiciones de Abreu en una de sus incontenibles cargas de caballería; arrolló y destruyó las líneas brasileñas — donde Abreu cayó para siempre — y abrió una amplia brecha por la que pudo penetrar el resto del ejército patriota y amenazar seriamente la integridad del enemigo. Rotas las líneas defensivas brasileñas no se detuvo el impulso de los orientales que impetuosamente continuaron su carga

hasta alcanzar las posiciones de retaguardia, donde se encontraban los depósitos y las reservas de municiones, que destruyeron totalmente. Desprovisto entonces de reservas y amenazado desde sus propias espaldas por aquel audaz contingente que se había infiltrado en el interior de sus líneas, Barbacena se vio obligado a retirarse; podemos encontrar en el Parte de la batalla que el jefe imperial redactó al día siguiente, este párrafo que significa claramente el reconocimiento de su derrota y que constituye — sin que Barbacena lo haya querido, naturalmente — todo un homenaje al valiente y decidido contingente oriental: "...sin parques, las tropas fatigadas con seis horas de continuado fuego, y el enemigo dispuesto a rodearme, forzoso fue retirarme...".

Alvear no aprovechó la debilidad de su enemigo para tratar de perseguirlo y destruirlo por completo; Barbacena pudo así retirarse y salvar una gran parte de sus efectivos. Ello dio luego motivo para que los brasileños se atribuyeran la victoria en Paso del Rosario — como ellos denominan a esta batalla — y a que nuestros historiadores militares la señalen como "batalla incompleta".

Juan Antonio Vázquez



La Sierra Mahoma



EN las cercanías del empalme ferroviario de Mal Abrigo, y en determinadas localidades de la Cuchilla Grande y de la región serrana situada al este del país (departamentos de Maldonado y Lavalleja), se presentan en el paisaje grandes acumulaciones de bloques rocosos redondeados, que ocupan en algunos casos áreas bastante extensas, y semejan de acuerdo con la expresión ya hecha popular, verdaderos mares de piedra. En otros países estas acumulaciones de masas pétreas se deben al transporte realizado por ventisqueros actuales o de otras épocas; pero en el Uruguay resultan de la alteración gradual que sufren las rocas a consecuencia de la acción de los agentes atmosféricos, principalmente la humedad, el agua cargada de diversas sustancias y en cierta medida los cambios bruscos y diurnos de temperatura.

Entre estos mares de piedra el más característico es el de la llamada Sierra Mahoma, del departamento de San José, que consiste en la ladera de una antigua cuchilla granítica, que la erosión ha denudado en forma intensa, vale decir, ha arrasado las porciones

más débiles del terreno, respetando parcialmente las más resistentes, constituidas por afloramientos bastante extensos de granito y de otras rocas duras, y una curiosa acumulación de bloques de piedra de diversas formas, a veces fantásticas o simplemente caprichosas, redondeadas a causa de una reducción gradual llevada a cabo por los mencionados agentes. Estos, principalmente la humedad, han sometido a las masas a un progresivo descascaramiento (llamado descamación por los geólogos), o las han ahuecado en las partes más sombrías (donde la humedad tiene mayor persistencia) transformándolas en espectaculares caparazones pétreas.

Uno de los bloques, de gran tamaño, al ser reducido de esta manera, perdió alguna vez el equilibrio, y se desplomó sobre otros, creando la curiosa Casa de la Piedra. Hay masas pétreas que reproducen formas de animales; otras han sido modeladas en figura de avión. Resulta difícil creer que por la simple pero paciente obra de la humedad una roca tan dura como el granito pueda sufrir un modelado tan singular. Es que el proceso a que aludimos se ha llevado a cabo a través de muchos millares de años, y muchos bloques pétreos han sido vistos por los indios en la misma posición en que los encontramos nosotros.

De la reducción de la piedra ha nacido un suelo que permite el desarrollo de diversas plantas, incluso arbustos y árboles, que buscan entre los

bloques un exceso de humedad y la protección contra la furia del viento, las inclemencias de las heladas y la voracidad de los animales de pastoreo.

Bloques pétreos, arbustos y árboles, alternan entre sí dando lugar a un paisaje muy particular; en lo alto de las masas rocosas pululan los líquenes y se aferra a las paredes de las mismas, el clavel del aire blanco. Tunas de flores blancas o amarillas, prosperan en las hendiduras de las piedras; los helechos y los musgos se instalan en los parajes húmedos. Las rocas proporcionan en sus bases y en sus junturas, excelentes abrigos para los animales. Los manantiales son abundantes, y numerosos arroyuelos de aguas cristalinas bajan del mar de piedra. En los bosquecillos, varias especies de aves construyen sus nidos o buscan su alimento.

El mar de piedra se destaca en la monotonía de la penillanura suavemente ondulada y cubierta de pasturas, como una verdadera isla, protegida por la recia estructura de las masas graníticas, y en la que la vida alienta con sorprendente variedad e intensidad. Y aunque el talado, el pisoteo de las ovejas que han abierto multitud de sendas, la invasión de cardos y otras plantas exóticas, y el trazado de alambrados, han cambiado su aspecto primitivo, la Sierra Mahoma aparece todavía en el paisaje como un accidente natural de gran significación.

EL ESPINILLO



ENTRE todos los árboles del monte — y los había de las más variadas especies aborígenes — era el espinillo el primero en engalanarse para recibir la primavera.

No bien entraba setiembre, comenzaban a insinuarse a lo largo de sus retorcidas y espinosas ramas los redondos botoncillos, que poco después habrían de convertirse en flores de color dorado, alegres y brillantes, cuyo intenso aroma agreste, esparciéndose generosamente por el aire, atraía a las abejas laboriosas, que llegaban desde sus colmenas ocultas en los rincones más intrincados y secretos del monte a aprovisionarse de néctar y de polen.

A veces, cuando el invierno había sido benigno, el proceso de la floración se iniciaba en las postrimerías de agosto, y el grato anticipo vernal culminaba entonces al promediar setiembre, cubriéndose prácticamente todos los espinillos de encendidas borlitas de oro, que daban la impresión de que el propio sol se hubiera dividido en millares de pequeñas ascuas relucientes para adornar con ellas las ramas de los árboles.

Pero no solamente en sus hermosas flores se manifestaban la gracia y el encanto de aquellos alegres heraldos de la primavera. También se hacían presentes tales atributos en las espigas agudas y durísimas, que adquirían por entonces un magnífico color gris azulado, con destellos perláceos, y en las menudas hojas bipinadas, de un verde suave y tierno, que temblaban al soplo de la más leve brisa, y cuya delicadeza contrastaba con la reciedumbre del tronco y de los gajos ríspidos.

Eran numerosísimos los espinillos en aquella zona. Achaparrados y fuertes, como casi todos los árboles que integran nuestra flora, reemplazaban la carencia de porte majestuoso con la inmovible firmeza con que engarfiaban en la dura tierra sus potentes raíces, para afrontar así los embates del pampero. Diseminados en las orillas del monte — muy rara vez se encontraba un ejemplar dentro de éste —, constituían la vanguardia permanente de aquel nutrido ejército vegetal, y contra su ramaje hirsuto estrellábase la furia de las tempestades.

Eran además sufridos y resistentes a las adversidades climáticas como muy pocos árboles lo son. Acaso, en ese

aspecto, sólo podían competir con ellos el ñandubay, el coronilla y el tala, otros tres representantes soberbios de la flora indígena. Las sequías tremendas que solía traer el verano, no lograban hacer mella casi nunca en su vitalidad extraordinaria. Y así, cuando los demás integrantes del monte acusaban en sus hojas marchitas y en sus encanijados frutos el rigor de los solazos de fuego, que implacablemente iban debilitando sus raíces sedientas, los espinillos mantenían aún lozano el verde de sus hojas, en las que perduraba la única nota alegre del paisaje. Bastábales la efímera caricia del rocío nocturno para irse defendiendo de aquel azote natural, hasta tanto llegara la anhelada lluvia que esperaban con igual avidez los hombres, las bestias y las plantas.

Cuando los espinillos empezaban a florecer, todos los moradores de la estancia nos sentíamos más alegres y optimistas, y hasta los pequeños y comunes hechos cotidianos adquirían un sentido distinto. Tal era la influencia que sobre nuestros espíritus ejercía el mensaje primaveral de aquellos árboles.

Blanquita, sobre todo, poníase contentísima, y yendo de un espinillo a otro cortaba las minúsculas flores de corto y delgado tallo y se las colocaba entre la cabellera, formando así, con instintiva coquetería femenina, una especie de diadema de oro. A veces la perseguían las abejas, queriendo posarse sobre la cabeza. Y ella huía dando grititos cortos, que no eran en realidad de temor sino de sana y desbordante alegría, mientras el sol hacía destellar las doradas y aromáticas borlitas con que se había ataviado.

La araña teje su red



Las 22 y 20. — La araña ha vuelto al centro de su tela, tejiendo en torno de ella unos menudos círculos sobre los que se apoyan sus ocho patas. Me distraen unos intempestivos bocinazos callejeros. ¡Uf, la aturdida y escandalosa gente del tránsito! ¡Aprended de los astros! O, siquiera, de la *epeira*. No me habéis dejado observar cómo se desenrolló de su centro. Mas, hela allí trazando un dibujo en espiral, de casi tres vueltas, hacia las fronteras de su red, como si se aprestara a ese juego de casilla y salto cojitranco que las niñas llaman “caracol”.

Las 22 y 55. — Se aleja de su espiral, la abandona. Se sitúa en la parte superior de su tela. En la “hora 12” de su reloj. Desde allí, bordeando las lindes de su dominio, inicia la labor más complicada. Una semicircunferencia en trayectoria de izquierda a derecha, y, luego, otra, concéntrica, en el sentido contrario. Una vez, como las manecillas del reloj. Luego, en dirección opuesta. Como una U muy abierta medida dentro de otra mayor, y de otra y otra y otra, hasta la octava, décima, duodécima...

Las 23 y 45. — La *epeira*, ahora, comienza un trabajo en espiral hacia adentro. La andariega da vueltas aproximándose a su centro. Pienso en mi maestra. Y en ti, Mary. La araña avanza como en el *juego de la oca*, que jugábamos en tu casa, antes de irte a vivir a Mansavillagra. ¡Recuerdas? Tú no me oyes, pero te escribiré. Te mandaré estas páginas. Y, ahora que la araña camina más y más, ah, la tela es tan bella, ¡es tan bella!, que sólo pienso en las tejedoras de ñandutí, en las encajeras de Valenciennes y en ti, mi compañera de sexto año. Hasta mañana, Mary. ¡Me llaman!

Día siguiente, 7 y 15. — ¡Buenos días, Mamá! ¡Buenos días, Papá! ¡Buenos días, *epeira*! La pulcra, la aliñada, la sutil está allí, esperando mensajes, en el centro de su red telegráfica. El rocío matinal ha enojado la trama cazadora. Leeré, en el libro de Fabre, la vida de la *epeira*. Adiós, *epeira*. En medio del jardín y el cielo azul: ¡Bonjour, Monsieur Fabre!

Alvaro Figueredo

Las 20 y 30. — De pronto, sin motivo, interrumpo mi paseo a lo largo de la galería. Doy luz al jardín y abro un ventanal. Aspiro el denso vaho embalsamado. Estridula un grillo en su escondrijo. Tiemblan en la brisa nocturna las hojas del damasco. Ya, acercándose, me rozan las mejillas; ya, alejándose, descubren las estrellas. ¿Qué es esto? Sorprendido, distingo un arácnido que, cabeza abajo, se descuelga de un gajo, atado al propio hilo de seda que segrega. Desciende casi un metro. — ¡Conque te irás de correría a la maleza? — Ajena al mundo inmenso, y sólo atenta al suyo, la araña se detiene a un palmo del suelo. Es una *epeira*. Ha cerrado sus glándulas híleras y descansa. Se balancea un momento como un péndulo. Luego vuelve a trepar por la oscilante escala hacia su punto de partida, y allí huelga de nuevo.

Las 20 y 50. — El vientecillo bate una y otra vez el pendiente cordel que, finalmente, queda amarrado a los zarcillos de la madre selva. La laboriosa *epeira* recomienza su trajín, reforzando con nuevas hebras su puente colgante. Desprende desde él otros hilos que intentan simular un “quipus” incaico, pero un salto circense de la araña establece ahora un entrecruzamiento de traviesas que determinan un punto de intersección.

Las 21 y 25. — La tejedora se estaciona aquí, y tras su breve pausa, extiende ocho, doce, quince, veinte, treinta nuevos hilos radiales hasta las hebras maestras de su bastidor, de modo que la lamparilla ilumina ya una urdimbre poligonal, casi un pentágono, deformado por la tensión de esas hebras.

El mate de las Morales

(TRADICIÓN MONTEVIDEANA)



MUCHOS de los niños que leen estas páginas, habrán oído a sus padres, familiares, la frase referida en el título: o sea "El mate de las Morales". Y si han puesto atención, se habrán dado cuenta que dicha frase siempre se cita para calificar algún acto que se desarrolla muy lentamente o que no llega a desarrollarse. Así por ejemplo, si está la familia esperando a alguna persona o algún hecho que se desea ver realizado y ello no se produce con la prontitud deseada, se dice: esto tarda más que "el mate de las Morales"... es más largo que "el mate de las Morales". Todos aplican la frase pero no saben cuándo sucedió eso del mate tardío en llegar; ni quiénes eran esas dichosas Morales, cuyo mate no llegaba nunca. Pues bien; yo se los voy a contar.

Hace como cien años, cuando la ciudad de Montevideo era como una aldea grande, en una fiesta se conocieron dos familias que vivían en barrios apartados: la de Morales, con su casa en el Cerrito, y la de X (la tradición no nos ha legado el nombre) que vivía en la Unión. Durante la fiesta aludida, la de Morales, como era su costumbre, invitó a la familia X un domingo de tarde a su casa, agregando que la convidarían con mate dulce, cebado por la criolla Juana, que tenían de sirvienta, mate que cebado por tales manos expertas era exquisito, y más aún acompañado con unas famosas rosquitas de masa en cuya confección Juana también era famosa. La familia invitada aceptó el convite y el primer domingo, luego del almuerzo, se encaminaron a pie, "a patacón por cuadra", como se decía entonces, desde su casa de la Unión al domicilio de las de Morales. Algo cansadas por la caminata, llegaron las de X, y

luego del recibimiento cordial que las de Morales les hicieron, luego también de las preguntas sobre el mutuo estado de salud, los comentarios sobre el tiempo, y las dificultades del camino recorrido con sus pozos, sus zanjones, por las molestias de los perros sueltos y sin dueño, etc., llegó el ofrecimiento del famoso mate dulce. Así, la señora de Morales preguntó a la de X: Bueno, mi querida amiga, como el paseo les habrá abierto el apetito, les voy a ofrecer un matecito dulce. La de X respondió: Muchas gracias, mi amiga, ya que Ud. se digna ofrecerlo e incomodarse, aceptamos, pues rehusar el famoso mate de ustedes sería una ofensa.

—Ofensa no, mi querida, pero sería un error privarse del mate de mi criada Juana. Y en seguida pegó el grito ordenando a la sirvienta:

—Juana.

—Señora... Contestaron desde lejos.

—Ya puedes empezar el mate dulce.

—Bien, mi señora, estoy encendiendo el fuego.

La conversación rodó por los cauces de estilo. Que la revolución; que los blancos; que los colorados; que los argentinos; que los orientales; que lo caro que estaban las cosas... pero como el mate demoraba, la dueña de casa volvió a dar el grito:

—¡Juana!

—Señora.

—¿Y el mate? ¿Ya has encendido el fuego?

—Sí, mi señora... la leña estaba húmeda, pero ya agarró llama y puse la caldera.

—Bueno, a ver-si te apuras.

Siguió la charla femenina. Ahora las hijas de ambas señoras hablaron de novios, pero algo en secreto, para que no oyeran

sus mamás... Pasaron diez o doce minutos más, y el mate sin aparecer, por lo cual la dueña de casa volvió a llamar.

—¡Juana!

—Mi ama, no se apure; ¿dónde puso el tarro de la yerba?

—Adentro de la alacena, búscalo y no seas torpe, mira que estamos esperando.

—Sí, mi señora, ya va a estar.

Continuó la charla. El sol ya se veía bajo, por las ventanas; entonces la de Morales preguntó: —¿No lo apreciarían más con unas cascari-
cas de naranja quemada?

—Bueno, mi amiga, si usted lo prefiere... — y la dueña de casa lanzó otra vez su orden.

—Juana.

—Señora, ya va.

—Es para decirte que le pongas cascari-
cas de naranja...

Ladraron los perros. Cantaron los pájaros. Por el camino, un niño pasó al galope de su petiso, y el mate nada de llegar. La dueña volvió a interrogar:

—¿Les gusta con azúcar de la Habana o con azúcar refinada?

—Es igual, señora, ambas endulzan lo mismo.

—Juana: cébalo con la blanca refinada, que nos envié el coronel.

—Está bien, señora, con la blanca.

Pasó media hora más, y seguían "a pico seco". El sol ya estaba por ponerse.

Las visitas se miraron entre ellas. Las niñas de la casa se pusieron coloradas. La mamá se levantó dispuesta a ir a la cocina a ver qué pasaba, con el mate, y salió como un ventarrón. Todas estaban ya de pie, pues las visitas alegaban lo tarde que era, lo largo y penoso del camino, los perros sueltos.

Volvió a entrar la dueña de casa, "roja como un tomate", agitada, diciendo: es que a Juana se le quemaron las rosquitas, pero no se vayan aún, no pueden desairar el mate. Mas las de X ya estaban resueltas y en vez de sentarse comenzaron a despedirse, diciendo: —Vendremos pronto, no se preocupen por el mate. —¡Ay, qué vergüenza! decían las niñas... Mamita: tienes que reprender a Juana. —Sí, qué vergüenza, agregaba la de Morales, ésta no se la perdono.

Al fin salieron al jardín y luego al camino; y al dar vuelta la esquina, observaron que en el fondo de la casona, Juana estaba en alpargatas, con el pelo revuelto, lavando ropa en una tina; el fuego apagado, los "chismes" o enseres de cebar el mate desparramados entre los yuyos, mientras la famosa Juana, cantaba:

"El mate de las Morales

—Vidalitá—

de la cocina no sale
de la cocina no sale

Vidalitá".

EL YUYERO

AL promediar el mes de octubre llegaba indefectiblemente a la estancia don Melitón Sandoval, con su pequeño carro de dos ruedas y sus bolsas de arpillera llenas de costurones, a hacer su provisión anual de yuyos medicinales, que luego vendía a las farmacias de la ciudad o receptaba él mismo a los enfermos que iban a consultarlo, atraídos por su fama de curandero eficaz.

Tenía autorización de don Gumerindo para aprovisionarse de cuanta hierba útil para sus fines hubiera en aquellos campos, y realizaba tal faena en primavera por ser la más propicia época del año.

Pequeño y enjuto, con una barba espesa y blanquísima que le cubría casi por completo el rostro, y unos ojillos minúsculos, inquietos y vivaces, don Melitón irradiaba una cálida y poderosa simpatía, que le granjeaba de inmediato el afecto de cuantos le trataban.

Mi amigo Fausto Ruiz quería mucho a don Melitón, y se entretenía conversando largamente con él durante las horas libres, mientras el mate amargo iba del uno al otro sin descanso, apuntando aquella vieja amistad con su cordial brebaje.

Y yo, que andaba siempre detrás de Fausto como si fuera su sombra, oía con avidez la sustanciosa charla de los dos paisanos, a través de la cual iba descubriendo muchos secretos de la vida campesina y adquiriendo cada día nuevos conocimientos.

Una tardecita, como yo me decidiera a hacerle numerosas preguntas acerca de los yuyos y de sus cualidades terapéuticas, don Melitón me preguntó acariciándome la mejilla con sus nudosos dedos:

—¿Te gustaría ir conmigo al campo mañana y ayudarme en mi trabajo?

Acepté lleno de júbilo su invitación, y al día siguiente, muy temprano, partimos a pie, con las bolsas bajo el brazo. El sol, recién nacido, irisaba las gotas de rocío sobre los pastos verdes, y parecía que todo el campo se hubiera encendido de pronto, en una mágica gama de luz y de color. Nuestras narices aspiraban con fruición el aire matutino, limpio y embalsamado de fragancias agrestes.

De tanto en tanto don Melitón se inclinaba para arrancar una planta y me iba explicando sus particularidades curativas:

—Esta de hojitas grises y flores amarillas es la marcela, muy indicada para corregir desarreglos intestinales; esta de color verde obscuro, cuyos tallos dentados y de forma triangular se parecen a una lima, es la carqueja, que regulariza los trastornos vesiculares; esta de espinas largas y agudas como leznas es la cepa-caballo, buena para los riñones; esta otra de hojas más carnosas y de tallo más resistente es el arazá, digestiva y aromática, que produce además unos frutos muy dulces y de agradable sabor...

Así, poco a poco, las descripciones gráficas y certeras del experto viejillo fuéronme enseñando a conocer las múltiples variedades de hierbas que integraban el tapiz del campo inmenso, donde mis ojos sólo habían sabido distinguir hasta entonces las diferentes tonalidades de

su verdor, riquísimo en matices.

La poalla, de hojas duras y humilde flor blanquecina, que detiene los cólicos violentos, el delicado llantén, que aplaca los sofocones del asma, la rubia y olorosa manzanilla, que tonifica el estómago, la borraja áspera y velluda, que desintoxica y refresca el organismo, y otras muchas plantas silvestres de aplicación diversa, cuidadosamente atadas y clasificadas, fueron llenando las rezurcidas bolsas de don Melitón.

Cuando volvimos a la estancia, cansados pero satisfechos de la jornada fructífera, todo el galpón se impregnó de emanaciones frescas y aromáticas, como si el campo entero hubiera venido a refugiarse allí con su fragancia alegre, generosa y saludable.

Serafin J. García



Luis Nicolás Sambucetti

POR esta página de "El Grillo" han desfilado grandes figuras de nuestra ciencia que honraron con el trabajo y el ejemplo el nombre del Uruguay. Pero existen también otras figuras con idéntica jerarquía que consagraron la vida a las creaciones del espíritu y el pensamiento: escritores, poetas, músicos, pintores, escultores. Dejaron obras perdurables, destinadas a la emoción humana.

Hoy nos referiremos a Luis Nicolás Sambucetti, uno de ellos, que como músico y compositor, realizó una labor artística cuyo valor el tiempo ha enaltecido definitivamente.

Nació en Montevideo, el 29 de julio de 1860. Traía la herencia de su padre que era profesor de música y maestro de banda de reconocida capacidad. Su hogar fue muy propicio para el desenvolvimiento de sus inquietudes musicales, ya que a los siete años se familiarizó con el violín, instrumento que le atraía desde muy pequeño. En plena adolescencia — tenía quince años — su nombre entró en contacto con la popularidad al ejecutar en

el Teatro Solís una hermosa fantasía para violín que conquistó al público de Montevideo.

Pasó más tarde a la vecina orilla, donde actuó con sus dos hermanos en el Teatro Nacional de Buenos Aires. Y como todo artista que anhela perfeccionar su técnica en los mejores centros musicales de Europa, Sambucetti se dirigió a París en 1884, donde estudió por espacio de cinco años, como discípulo de Leonard, que era considerado un excelente maestro de violín. Complementó su aprendizaje haciendo estudios de composición y armonía con el gran músico Dubois.

Volvió al país en 1889 y demostró el enriquecimiento de su caudal artístico. En una serie de conciertos evidenció la perfección de su técnica y su magnífico temperamento musical.

Como resultado de estas presentaciones, el gobierno de Máximo Tajes le confió la misión de organizar los números musicales que se llevarían a cabo para recibir al presidente argentino Juárez Celman.

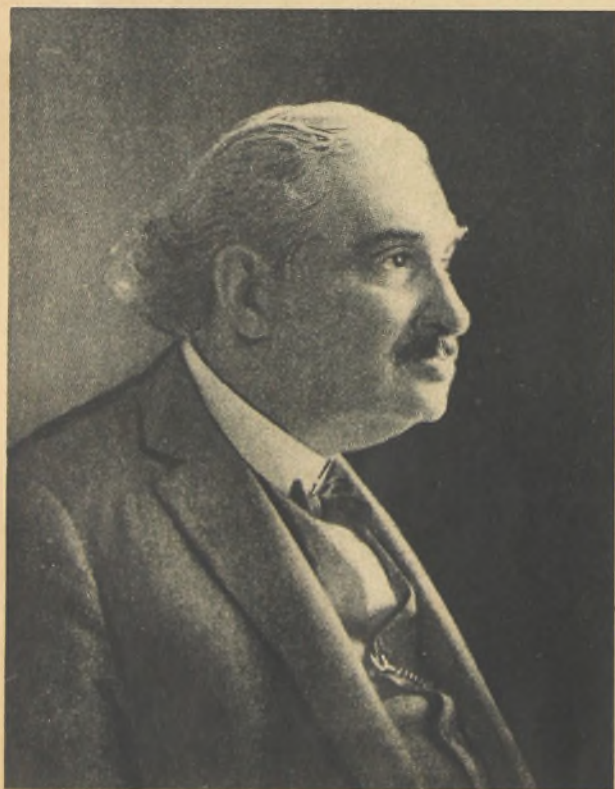
Sus afanes de organizador le llevan a aceptar la dirección del Instituto Verdi, inaugurado en 1890. Es precisamente en esa época que compone la música para una opereta en dos actos titulada "Colombison". Su estreno en 1894, constituyó un verdadero éxito de público y de crítica.

Luis Nicolás Sambucetti, por la calidad ejemplar de su arte, había llegado a la privilegiada consideración que su espíritu y su música merecían.

Fueron sus obras principales: *Suite*, *Marcha Indiana*, *Coro de los Peregrinos*, composiciones para orquesta; *Burlesca*, *Reverie*, *En Tierra Extraña*, *Viejas Campanas*, para violín; *Allegro de Concierto* y *Capricho Español*, para piano, etc. Luego experimentó en géneros más amplios y compuso una ópera mística con letra de Benjamín Fernández y Medina, *San Francisco de Asís*, llevada a escena en el Solís.

Durante el gobierno del Dr. Claudio Williman organizó los grandes conciertos que colmaron la sala del teatro Urquiza, contando también con la amplia cooperación de don José Batlle y Ordóñez, para llegar a las masas populares a través del mensaje de la música.

El busto erigido a su memoria que se levanta en una plaza de Pocitos, no es sólo testimonio de consagración, sino de gratitud del pueblo uruguayo que honrando a sus artistas, se honra a sí mismo.



LUIS NICOLÁS SAMBUCETTI



BEETHOVEN (Bronze).

Escultura de Antonio Pena.



Reproducciones de "El Grillo"

DOS SALTIMBANQUIS (Pastel).

PABLO Picasso nació en Málaga, en 1881. Desde niño, atraído por los pinceles y colores de su padre, que era pintor y profesor de dibujo, dibuja y pinta ya con vocación. A los 19 años había obtenido numerosos premios en salones de Arte y Exposiciones, revelándose a esta edad un pintor de verdadero talento. Viajero y admirador incansable de pai-

Maestros de la pintura c



Reproducciones de "El Grillo"

sajes, seres y cosas, son motivo para su arte todos los aspectos de la vida y la Naturaleza. Tentó diversas expresiones de la plástica: escultura, cerámica, pintura, logrando en todas ellas lo valioso y lo verdadero. Sus cuadros figuran en los museos y colecciones particulares de todo el mundo. Actualmente, es uno de los más admirados y discutidos pintores.

LA COMILONA

Dibujos infantiles



FUNCIÓN DE TÍTERES. Nélida Santana. 9 años.



HACIENDO GIMNASIA. Teresa Durante. 8 años.



ESCENA CALLEJERA. María Julia Spera. 12 años.



LLEVANDO FLORES A LA DIRECTORA. Anita Sternfeld. 7 años.



EL CIRCO. Jorge Galindez. 12 años.

Estampas de viaje

Una plaza de Florencia

CUÁL es el viajero que habiendo recorrido tierras italianas, no sueña con volver a Florencia?

Es que Florencia es una de las ciudades más bellas del mundo. Enclavada en Toscana, la besa el Arno que se desliza sin apresuramiento por entre sus puentes. Uno de los monumentos más notables y característicos de Florencia, es el Puente Viejo, donde siglos de historia se van acumulando en sus centenarias paredes.

En ella perdura aún ese hálito artístico y espiritual que la encumbró por la obra extraordinaria de artistas también extraordinarios. Por algo se le llamó la "segunda Atenas".

En Florencia, el arte está en todos lados, surge sin irlo a buscar, se ofrece magnánimamente, sin retaceos.

Para concretar, detengámonos en uno de esos focos de arte, que deslumbra por la belleza allí concentrada: la Plaza "della Signoria". Es grandiosa; ningún adjetivo se nos ocurre más adecuado para calificarla. Imposible dirigir la mirada a uno u otro ángulo, sin hallar expresiones artísticas inmortalizadas en monumentos y palacios.

La plaza es un centro de arte, un museo abierto a la luz del sol.

La mole severa, casi ruda del Palacio Viejo (Palacio della Signoria), domina el conjunto con su torre hermosísima, desde la cual se puede observar la cinta del río, las colinas cercanas y, más lejos, los Apeninos.

Delante de la fachada del palacio y sobre sus gradas de acceso, estatuas de mármol de artistas florentinos famosos. Vemos allí una copia del David de Miguel Ángel, en el sitio que ocupó hasta 1873, la gigantesca obra original, hasta que fue trasladada a una galería de arte para su mejor conservación.

Hace más de 450 años que la figura del atleta surgió de manos del artista, cuando éste tenía sólo 25 años. Muchas generaciones de hombres, se han detenido admirados a contemplar la inmensa estatua, que indiferente a todo, parece poner su mirada en el más allá, como avizorando horizontes nuevos.

Además del David hay otras estatuas de interés. A la izquierda de la fachada, la fuente de la plaza, ostenta en el centro una imponente figura de Neptuno.

Cerca de la fuente un león en cuclillas, tiene un escudo con un lirio, que es el símbolo de Florencia.

Si desde la plaza, ascendiendo las gradas, entramos al palacio, un gran patio con columnas de hermosísimo estilo florentino, muestra en el centro una fuente de pórfido con un geniecillo alado que sostiene a un delfín. Con pocas palabras no se puede describir la magnificencia del palacio ni el cúmulo de obras allí guardadas. Digamos solamente, que en uno de sus salones, llamado "Salón de los quinientos", se reunía el Consejo Mayor de la ciudad. Además en él se encuentran la Sala de Hércules, la Sala de Júpiter, Estancia de Penélope, Sala de Ceres, Sala de la Audiencia y muchas otras.

Pero salgamos de nuevo a la plaza. Aún no hemos podido admirar todo lo que ella tiene. Allí, formando otro de sus lados está la famosa "Loggia della Signoria", con sus arcos y bóvedas. Este elegantísimo pórtico atesora esculturas de imperecedero valor. Vemos representaciones de cuatro virtudes: Fortaleza, Templanza, Justicia y Prudencia y más allá otras tres: Fe, Esperanza y Caridad.



PALACIO VIEJO

Pero así como nos detuvimos en las gradas del Palacio Viejo, ante el David, aquí en el parapeto mismo de la logia, un bronce famoso, con más de 400 años, nos detiene nuevamente: es el Perseo Vencedor de Benvenuto Cellini. Una de sus obras más notables, este Perseo con la cabeza de Medusa, tiene la elegante gracia de las esculturas griegas. El pedestal armoniosamente trabajado es tan importante como la escultura misma. Muchas otras obras guarda la logia que contribuye a dar a la Plaza de la Signoria, la magnificencia artística que la hizo famosa.

Es así como la Florencia de hoy, la que vimos desde la torre atalaya del palacio, y la Florencia de Miguel Ángel, de Donatello y Cellini, se ofrecen en este espacio encuadrado en el corazón de la urbe.

El concentrado tesoro de sus inmortales genios artísticos, palpita allí mientras a su lado la ciudad sigue pausadamente el ritmo de los siglos.

La isla de Creta, colocada en medio del mar Mediterráneo como un puente entre Egipto y Grecia fue, a partir del año 2000 antes de nuestra era, el escenario de una de las más bellas y originales civilizaciones de la antigüedad.

Hasta el año 1870 ningún hombre ilustrado imaginaba que tal civilización hubiera existido aunque el poeta Homero en sus obras La Iliada y La Odisea llamara a Creta la "Isla de las noventa ciudades".

Fue gracias a los descubrimientos del sabio arqueólogo inglés Evans que salieron a luz los palacios de Cnosos, Festos y Gurnia, que formaban parte de aquellas al parecer increíbles noventa ciudades, y que las hermosas pinturas y cerámicas de un pueblo artista pudieron ser admiradas por el mundo occidental.

Los habitantes de la isla de Creta, llamados cretenses, egeos o minoicos, eran pequeños, morenos, de cabellos ondulados, de cuerpos graciosos, de ojos grandes y oscuros. No tenían ejércitos poderosos pero eran, en cambio, diestros y arriesgados navegantes. Todo el mar Mediterráneo conoció sus empresas coloniales, su comercio emprendedor, su presencia civilizadora. Fundaron así una *talassocracia*, término griego que significa imperio marítimo.

Pueblos famosos de la antigüedad

Los navegantes minoicos

Los cretenses eran muy amigos de los deportes. Fueron toreros excelentes aunque no tenían la sanguinaria costumbre de sacrificar al animal. El torero estaba combinado con la acrobacia, y cuando el toro embestía al gimnasta éste lo tomaba por sus cuernos, caía parado sobre su lomo y luego, mediante un salto mortal, agilísimo por cierto, descendía nuevamente al suelo, cayendo detrás del enfurecido cuadrúpedo.

Además del torero los cretenses amaban la vida al aire libre, la danza, los espectáculos teatrales bajo el cielo abierto, las carreras de atletas, la lucha, y durante el corto y poco riguroso invierno, se dedicaban a jugar a una especie de ajedrez.

Fuera de la actividad comercial y deportiva, el arte constituyó la pasión permanente que floreció bajo el cálido sol cretense y junto a las azules aguas del Mediterráneo. Sin embargo, su arte no fue monumental ni estuvo dominado por la presencia omnipotente de los dioses como sucediera con el de Egipto o el de Mesopotamia. El arte minoico prefiere los motivos domésticos, las encendidas flores de

los jardines, los pájaros de la arboleda frondosa, los plateados peces y los decorativos moluscos del mar siempre cercano. Los cretenses construyeron y pintaron delicadamente jarrones de colores vivos, esculpieron pequeñas y graciosas figurillas, fabricaron joyas de rara perfección, tallaron con maestría piedras preciosas.

Sus palacios no se caracterizaron por ser monumentales sino porque estaban dotados de recursos higiénicos notables, tales como complicados sistemas de cañerías que llevaban agua tibia a las habitaciones.

El rasgo que mejor puede distinguir a los cretenses es su alegría de vivir, su amor por los espectáculos públicos, su gusto por la existencia pacífica. No temieron a los dioses sombríos, no alabaron a los guerreros feroces, no esclavizaron a sus semejantes. Las pinturas minoicas muestran a hombres y mujeres disfrutando de iguales derechos, y los utensilios de la vida diaria enseñan que se preocuparon más en llevar una existencia placentera que en hacer sacrificios crueles.

Lamentablemente esta civilización inteligente y refinada, en tantos aspectos parecida a la actual, fue devastada por los conquistadores aqueos, o sea los griegos primitivos, alrededor del año 1400 antes de nuestra era. La oscuridad del olvido cayó entonces sobre los cretenses y recién hoy reciben la justicia que merecían su respeto a los derechos del hombre y su admirable afán de belleza.

Daniel D. Vidart



Razas y costumbres extrañas

Los pigmeos del África Central

EN las cálidas selvas africanas del Congo, donde apenas penetra la luz del sol y los árboles gigantes cos levantan sus verdes brazos hacia las lluvias, vive un pueblo de curiosos enanos llamados pigmeos.

El nombre de pigmeos les viene de la palabra griega *pygme*, que significa *codo*, o sea la medida que va desde el codo hasta el nacimiento de los dedos. Claro que esto es una exageración, pues son más altos que los cuarenta y seis centímetros del *codo*; pero igual su estatura es pequeñísima.

Se calcula que existen en el Congo alrededor de veinte mil pigmeos puros, repartidos en tres grupos distintos. No es, sin embargo, el África Central la única región del mundo donde se encuentran los pigmeos; se les halla también en la península de Malasia, en las islas Andaman, en las islas Filipinas y en Nueva Guinea, el corazón de Papuasía. A los pigmeos africanos, para distinguirlos de los indonesios y oceánicos, se les llama *negritos* y a estos últimos *negritos*.

Los pigmeos africanos fueron descubiertos recién en el año 1874 por un explorador alemán. Hasta entonces se les creía seres fabulosos, inventados por la imaginación de los poetas e historiadores antiguos. Sin embargo ya los faraones de Egipto conocían su existencia y organizaban costosas expediciones para ir a buscarlos al seno de sus húmedas y tupidas selvas.

La estatura de los pigmeos justifica en realidad su denominación. Los hombres miden un metro cuarenta y las mujeres sólo uno treinta. Sin embargo no son desproporcionados, salvo la cabeza, que parece ser algo grande para cuerpecillos tan breves y menudos. No son los pigmeos de color negro y ni siquiera pertenecen a esta raza. Antes de que los negros invadieran el África Central ellos dominaban sobre superficies mucho mayores.

Cuando los negros ocuparon las selvas, los pigmeos, arrollados por hombres de

fuerzas superiores, se refugiaron en los lugares más inaccesibles, lejos de la costa, lejos de los guerreros que los vencieran y dispersaran sus primitivos hogares.

El color de la piel de los pigmeos es rojizo oscuro; el pecho y la espalda están cubiertos de pelos amarillentos; los hombres tienen largas barbas, cosa que no sucede con los lampiños negros. Un rasgo curioso del rostro de estos salvajes es su nariz tan ancha como alta que, vista de frente, semeja un triángulo equilátero.

Nacidos y criados en los inmensos bosques ecuatoriales, los pigmeos se sustentan de los productos vegetales recolectados por las mujeres y de los animales cazados por los hombres. En diario contacto con la Naturaleza, padecen el embate de las tempestades, el terror de las noches pobladas de bestias, el desamparo doliente de su condición miserable. Habitan en cabañas frágiles, cubiertas de hojas; no han aprendido el empleo del barro cocido y algunas tribus deben custodiar noche y día el fuego pues no saben encenderlo.

Lo dicho anteriormente alcanza para comprender que los pigmeos no conocen la agricultura, ni la ganadería, ni el arte de construir cómodas viviendas, ni la cerámica. Pero son grandes y habilísimos

cazadores. Cazan por necesidad y por pasión deportiva a un tiempo. Provistos de sentidos tan finos como los de los animales saben seguir los rastros de sus presas como sombras, sin hacer el menor ruido, sin descansar un solo instante.

Una vez cerca de la fiera le disparan sus pequeñas flechas envenenadas o, si se trata de un elefante, le hieren a lanzazos las coyunturas de las patas traseras hasta que el enorme paquidermo cae sin poder dar un solo paso más.

En la actualidad los pigmeos mantienen activo comercio con los negros. Practican lo que se llama cambio silencioso; los pigmeos depositan en los límites de la selva las piezas de caza y los negros las recogen dejando en su lugar bananas, aceite de palma, caña de azúcar y mandioca.

La noche constituye la pesadilla de estos pequeños seres. Temen sus ruidos misteriosos, su denso corazón de tinieblas. Pero a la luz del día los pigmeos son felices a su modo. Tienen gran afición a la música, al canto y al baile. Y parece que cuando resuenan sus tambores y zumban sus flautas agradecieran la llegada de una nueva mañana, luego de la noche larga y pavorosa.

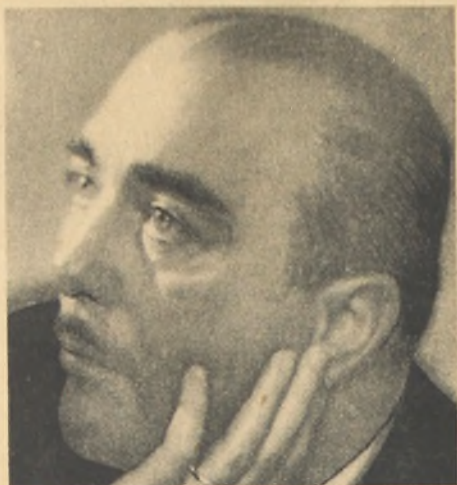
Daniel D. Vidart



Eloc Carafi

Artistas del Uruguay

ANTONIO PENA



EL escultor Antonio Pena nació en Montevideo, el tres de diciembre de 1894, y falleció en el año 1947, cuatro días después de cumplir los cincuenta y tres años, en esta misma ciudad.

Su contacto con el Arte se inició, ya adolescente, en las clases de preparatorios de arquitectura y en el estudio de los arquitectos Aubriot y Genario. Desde el año 1919 a 1922 trabaja en el "Círculo Fomento de Bellas Artes" con el maestro Vicente Puig. Pinta en ese entonces su conocido panel decorativo "El Centauro Quirón", por encargo de la Facultad de Medicina. En el año 1921 obtiene, por concurso, una beca de estudio, por la que se traslada a Europa, dos años más tarde. En el viejo continente se le revela el arte de la escultura, bajo el influjo de dos grandes escultores: el francés Antonio Bourdelle y el austriaco Antonio Hannack. Estos maestros le abrieron a Pena las puertas del mundo de la representación artística de las formas de la naturaleza, en el que penetra con todo fervor.

En los maestros de este artista ardía vivamente el amor por el arte griego, por los mitos y leyendas de la antigüedad clásica, amor que transmitieron a Pena y que le instó a trabajar en representaciones escultóricas de dioses antiguos; fruto de ello son sus obras "Atenea", "Orfeo", "Heraclides", que constituyen un aspecto fundamental de su obra.

La vida de Antonio Pena fue dedicada exclusivamente al Arte. Realizó numerosas esculturas, dibujos y grabados, que le colocaron en el plano de los mejores escultores del país. También dedicó buenos esfuerzos a la enseñanza. Espíritu cultivado y sensible, fue excelente profesor, dictando clases de Historia del Arte, de Plástica, de Dibujo y Escultura, con dotes auténticas de maestro. En otros aspectos de su actividad artística, Pena ilustró libros, ofreció conferencias sobre Arte, proyectó escenografías, todo ello para dar cauce a un espíritu lleno de nobles y bellas inquietudes.

JUAN JOSÉ MOROSOLI es considerado como uno de nuestros grandes escritores, en el género de la novela y el cuento. Toda su obra está inspirada en la tierra uruguaya y en sus hombres. De aquélla y de éstos extrae Morosoli riquísimo material que con sabia sencillez y naturalidad vierte en sus cuentos, relatos o novelas. Un grande amor a los seres le abre el mundo del alma de sus personajes; él relata luego los acontecimientos de estas almas

sencillas de trabajadores y campesinos, sus penalidades y sus alegrías, que constituyen el ámbito de toda su literatura.

Este escritor, que colaboró muchas veces en "El Grillo", nos envía su biografía, de la que hacemos una síntesis.

«Nací el 19 de enero de 1899. Mi padre — Juan Morosoli —, suizo de nacionalidad, era albañil. Mi madre, María Porrini. El acta del Registro Civil hace constar: "que ésta declaró que la causa de no presentarse su esposo es por hallarse ausente ignorándose el día de su regreso". Mi padre andaba campo adentro — muy adentro — construyendo "azoteas" y cementerios para los estancieros. Me matriculé en la escuela en el año 1907. Dejé de concurrir a fines de agosto de 1909. En el libro correspondiente de la Escuela de Varones N° 1 de la Ciudad de Minas, en el espacio donde se anotan los egresos, consta: "manifiesta su padre que abandona la escuela para ir a trabajar". En agosto de 1909 — con motivo de la inauguración del Puerto de Montevideo — resulté premiado con el N° 1 en un "Concurso de Composiciones" con el tema "El Juramento de la Constitución". Como premio obtuve un pasaje gratis para asistir a las fiestas de aquella inauguración, acompañando una delegación oficial. La víspera naufragó el vapor Colombia y "la fiesta fue convertida en un duelo nacional", según una décima muy en boga poco tiempo después. Mi maestro fue don Anastasio Bengochea a quien tengo siempre vivo en mi memoria. El me dijo una vez, frente a mi dificultad para entender la gramática, "que se podía hasta escribir bien ignorándola. Lo mismo pasa con la música — agregó — y si quieres un ejemplo ahí tienes a Wenceslao". (El negro "Bence" tocaba de oído y lo hacía muy bien.)

«Escribí versos que publiqué en "Bajo la misma sombra" con mis coterráneos Casas Araújo, Magri, Cuadri y Cajaraville, y en "Los Juegos" (para niños). Hice periodismo, caminé tierra adentro de mi departamento. Conocí los carbonales, las canteras, los pueblos de ratas...

«En 1932 publiqué "Hombres" (cuentos) con el que obtuve el primer premio del Ministerio de Instrucción Pública. Luego publiqué "Los Albañiles de los Tapes". A éste siguió "Hombres y Mujeres" (cuentos) premiado en el Concurso del año por el Ministerio de Instrucción Pública. Luego "Perico" — estampas para niños — y finalmente "Muchachos" (1950), novela que también fue premiada en el Concurso del Ministerio.

«He sido un vagacampo sin posibilidades de redención. Aprendí, caminando, que los hombres y los paisajes son siempre diferentes. Tengo la ilusión de un viaje sin tiempo medido por todos los lugares donde anduve trabajando viviendo, mirando, acaso viendo.

«Espero publicar una novela y una serie de relatos.»



JUAN JOSE MOROSOLI

Por tierras de América

La siembra en el Valle Calchaquí y en la Quebrada de Humahuaca

EN el valle Calchaquí, para las siembras, de igual suerte que para las siegas, trillas, deshojamientos de maíz, y demás faenas rurales, si son hechas en casa de pequeños propietarios, no faltan comedidos que a ella voluntariamente se presten, gracias a las fiestas sucedáneas o inherentes a las ceremonias que con tal motivo se practican.

Para iniciar la primera, el dueño de casa se provee de dos toritos de barro cocido y de color rojo, ya sueltos o sobre una plancha de arcilla del mismo color, los que deben tener dos aberturas, una en la boca y otra en el lomo y un tamaño que varía entre veinte y treinta centímetros. Dentro de uno de ellos echan aguardiente y del otro chicha de maíz.

Hacen, además, otro torito de llicta.

Llegado el momento de la siembra y hallándose reunidos todos los participantes, adornados con cintas, flores y moños de diversos colores, sean hombres o mujeres, el dueño de la casa carnea el torito de llicta y reparte los trozos para que coqueen.

Se dirigen luego al lugar en que se hallan amontonadas las espigas de maíz destinadas a proporcionar el grano que ha de sembrarse, hacen derramar sobre ellas, por la boca de los toritos, el aguardiente y la chicha, al par que hacen lo propio con cierta cantidad de coca y de llicta.

Terminadas estas prácticas, las mujeres se reparten las semillas, en tanto los hombres se hacen cargo de los arados, uncidos a los cuales se hallan bueyes con los cuernos adornados con pañuelos de colores, coronas de flores, ramas de sauce, etc., empezando la apertura de los surcos, dentro de los cuales las mujeres derraman semillas desgranadas de las espigas que llevan.

Concluida la siembra vuelven todos a la casa habitación para **chancar el gusano**, esto es, hacer una merienda menudeada de chicha y terminada por un baile.

En la quebrada de Humahuaca, provincia de Jujuy, la siembra se efectúa con otras ceremonias.

Ante todo, en una olla especial, cocinan un loco de maíz y librillo de vaca que llevan al rastrojo, y allí con unos platitos gemelos sacan parte de aquél y lo derraman sobre las espigas de maíz destinadas a la siembra; igual cosa hacen con chicha y aguardiente que previamente han colocado en dos **yuritos**, cántaros pequeños de boca angosta y también gemelos, a los que llaman **kospanchar**.

El resto de la comida y bebida, conjuntamente con los platos y yuros, es enterrado en el centro del rastrojo con un poco de coca y llicta, diciendo, mientras derraman la bebida, el encargado de la operación, que es el más viejo, las siguientes palabras sacramentales: Pacha Mama, Santa Tierra Kusiya Kusiya. Invocación hecha a la Pacha Mama para que proteja la operación.

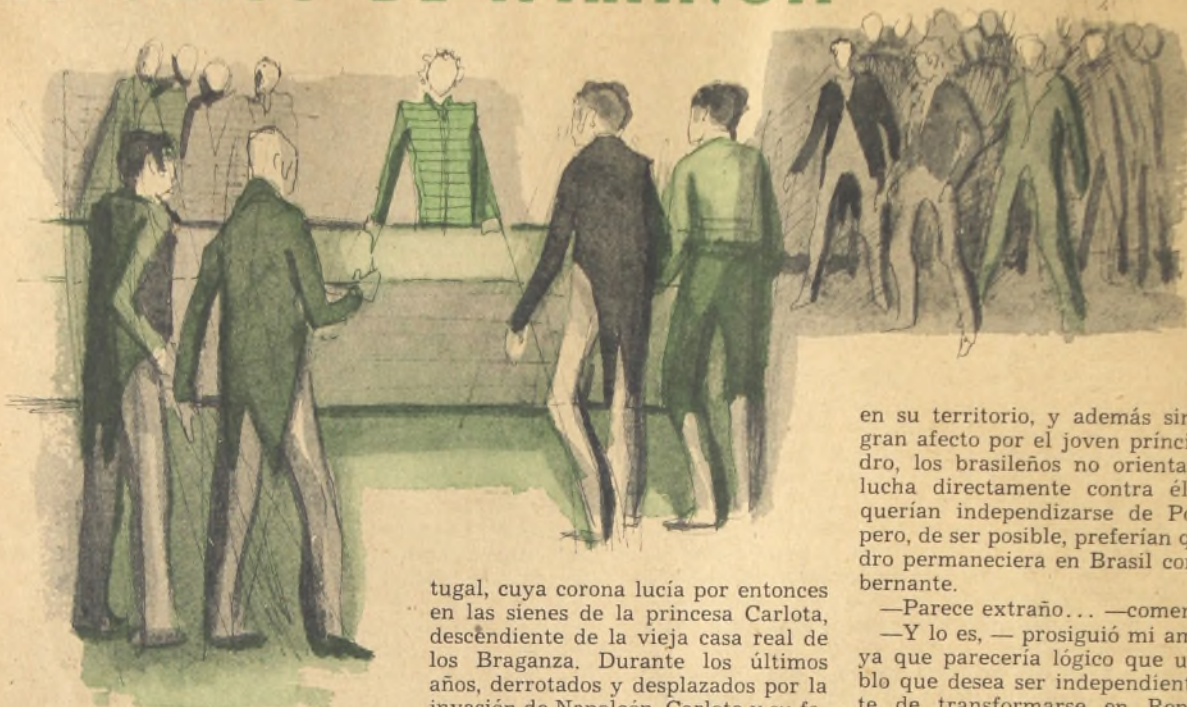
Luego comen todos en el mismo rastrojo para continuar la siembra en la misma forma descrita en la del valle Calchaquí. El mismo viejo de la invocación monta a caballo y desparrama, cantando y gritando, los marlos del maíz sembrado en el borde del rastrojo, a fin de preservar la futura sementera del avance de los loros.

*"De 'Supersticiones y leyendas', de Juan B. Ambrossetti.
(Selección de Verdad Riso de Garibaldi.)"*

- | | |
|--------------------|--|
| LIBRILLO: | Estómago de los rumiantes. |
| LOCRO: | Guisado de carne con choclos o zapallo, patatas, ají y otros ingredientes. |
| LLICTA: | Pasta amasada con harina y ceniza de cardón (cardo), hojas de jume, (arbusto espinoso), etc., según el gusto de cada uno, masticable con coca. |
| PACHA MAMA: | Madre tierra. La Tierra, entendida como una divinidad en las creencias de los antiguos aborígenes. |
| RASTROJO: | Residuo que queda en el campo de las mieses segadas. |



EL GRITO DE IPIRANGA



YO sabía que el 7 de setiembre es, en la hermana República del Brasil, la fecha de su Independencia; sabía también que se la denomina "Grito de Ipiranga", y por una lógica asociación de ideas pensaba siempre si tal hecho histórico sería similar a aquella cabalgata épica que en nuestra Historia conocemos por "Grito de Asencio". Quise enterarme de mayor cantidad de detalles, y en ese sentido interrogué una tarde a mi amigo Junio.

—Me alegra tu curiosidad — respondió Junio — porque es muy frecuente que los niños se conformen con creer que los dos "Gritos" fueron cosas iguales, basando su creencia en el conocimiento que tienen del nuestro, el de Asencio. Sin embargo, fueron bien diferentes, tanto en su ejecución como en sus consecuencias.

—Pero, — intervine — ¿el Brasil no se declaró independiente con su Grito de Ipiranga, igual que nosotros con el de Asencio?

—Así fue realmente, — me contestó mi amigo — pero existen fundamentales diferencias que tú mismo apreciarás. Fíjate cómo ocurrieron los sucesos: tú ya sabes que hasta el año 1822, el Brasil era una colonia de Por-

tugal, cuya corona lucía por entonces en las sienes de la princesa Carlota, descendiente de la vieja casa real de los Braganza. Durante los últimos años, derrotados y desplazados por la invasión de Napoleón, Carlota y su familia habían venido a radicarse en Río de Janeiro, donde fueron testigos de los primeros intentos de los nativos brasileños por conquistar su independencia.

—¡Ah!, — interrumpí con asombro — ¿hubo también en Brasil antecedentes revolucionarios?

—Desde luego, — dijo Junio — no olvides que era la época en que todos los patriotas americanos, en una forma o en otra, habían empezado a trabajar para independizarse de sus respectivas Madres Patrias. En el Brasil, hombres como Francisco de Souza Queiroz, Clemente Pereira, Martín Francisco y José Bonifacio Andrada, encabezaron y dirigieron estos intentos. Alguna rebelión en las provincias; algún encendido discurso en las tribunas públicas; diarios como "O Reverbérico" y "O Regulador" que publicaban violentos artículos contra el régimen colonial. Cuando Napoleón fue derrotado, Carlota y su esposo Juan regresaron a Lisboa dejando en Brasil, como representante de la monarquía portuguesa a su hijo Pedro, entonces joven de menos de veinte años. Este fue el momento en que el pueblo brasileño decidió dar el paso definitivo por su independencia. Pero, acostumbrados al régimen monárquico y a la presencia de la realeza

en su territorio, y además sintiendo gran afecto por el joven príncipe Pedro, los brasileños no orientaron su lucha directamente contra él: ellos querían independizarse de Portugal pero, de ser posible, preferían que Pedro permaneciera en Brasil como gobernante.

—Parece extraño... — comenté.

—Y lo es, — prosiguió mi amigo — ya que parecería lógico que un pueblo que desea ser independiente, trate de transformarse en República. Pero en Brasil las cosas no sucedieron así. Durante el mes de agosto de 1822, Pedro debió realizar un viaje a la Provincia de San Pablo, lugar donde recrudecían las rebeliones patrióticas; para él, ya estaba planteado el problema: amaba al Brasil y a su pueblo, se sentía querido y respetado y su mayor deseo era permanecer allí; por otra parte, estaban Portugal, su patria, su familia y sus deberes para con la casa de Braganza. Era lógico que el príncipe vacilara.

En San Pablo, márgenes del arroyo Ipiranga, recibió Pedro los reales despachos que desde Lisboa condenaban la ambición separatista del Brasil y por los que se le ordenaba regresar de inmediato a su país. Era el 7 de setiembre de 1822. Rodeado de sus amigos brasileños, el príncipe vacilaba; no obstante, la decisión llegó con rapidez. Y pronunció la frase que la Historia ha recogido: "¡Eu fico!", (¡me quedo!), con la que decretó la liberación del Brasil, la que le reportó la inmediata designación de "Pedro I, Emperador".

Tal fue el "Grito de Ipiranga" — concluyó Junio —; en Ipiranga, igual que en Asencio, se había afirmado la voluntad de independencia de un pueblo americano.

Geografía de África

El desierto de Sahara

INMENSAS extensiones de arena, formando con frecuencia sucesiones interminables de dunas que levantan a veces sus crestas hasta más de cien metros de altura; vastas acumulaciones de cantos de piedra, angulosos, que hacen difícil el tránsito de los camellos, y bloques pétreos de aspecto fantasmagórico y en figura de hongos, adelgazados en la base por la acción erosiva de la arena movida por el viento; costras de sal en las hondonadas que se quiebran al paso de las caravanas. Un sol que hiere la vista y daña la piel, y un aire seco y sofocante. El día, de fuego; la noche, de un frío glacial.

Los cambios de temperatura son facilitados por la sequedad del ambiente, y el calentamiento del suelo origina vientos locales de una intensidad extraordinaria, que barren la arena y levantan espesas nubes de polvo. Y a pesar de la gran sequedad del aire y del suelo, la vida alienta en la inmensidad de las arenas y cantos agudos del desierto. Plantas raquíticas, de tallo muy leñoso o muy carnoso, con hojas pequeñas y escasas, de color ceniciento o cubiertas de vello espeso, medran en las hondonadas o junto a las rocas, hundiéndose profundamente sus raíces en procura de agua. Durante el día no se advierten casi animales sobre la arena caldeada intensamente por el sol o dispersada por los vientos; pero cuando cae la noche, raedores y ofidios salen a la superficie y buscan afanosamente su alimento. En las regiones menos hostiles las gacelas ensayan rápidas carreras; no lejos, las manadas de leones se encuentran en constante acecho.

Alejados entre sí por distancias increíbles, aquí y allí aparecen los oasis, en los que la presencia del agua cerca de la superficie, atrae a la vegetación, y permite la instalación más o menos permanente del hombre. Bajo la sombra de las palmeras dati-

leras, en sus tiendas de colores chillones para ser perceptibles a distancia, familias de beduinos se aferran a la vida y desafían las inclemencias del desierto. El agua es allí un líquido sagrado que hay que conservar y racionar. La escasez de alimentos, incluso para los animales domésticos, motiva la trashumancia o desplazamiento periódico de las poblaciones hacia lugares más favorables. Los caminos prácticamente no existen, y la marcha es penosa, sobre todo durante el día o bajo las tormentas de arena y polvo. El dromedario, animal providencial que resiste bien la sed, permite el traslado en un medio inclemente y rudo.

Así es el Sahara, el Gran Desierto, y el desierto por excelencia. Sólo se le puede comparar, tanto por la extensión, como por los rigores climáticos y la esterilidad del suelo, la gigantesca y desolada Antártida, desierto de hielo. Su área equivale a la mitad de la del continente sudamericano y se extiende por casi la tercera parte de África; constituye una gigantesca barrera para la traslación de hombres, animales y la diseminación de las plantas. Encierra localidades donde no llueve casi nunca y donde la roca desnuda es el elemento único en la caracterización del paisaje; al "reg" de piso pétreo y estéril, se opone el "erg" desierto de arena, que contiene alguna vegetación, y que se ha formado a expensas de la destrucción paulatina de aquél.

Pero pese a su gran extensión, a su esterilidad, a las inclemencias del clima, a la pobreza de su vegetación, el Sahara se va entregando paulatinamente al dominio del hombre civilizado que busca en él nuevos espacios habitables y nuevas riquezas. Los pozos artesianos, los caminos contruidos con grandes esfuerzos, los transportes eficientes, lo van transformando poco a poco. Cuando el agua se hace llegar a la superficie del suelo, la vida se anima y los vergeles no tardan en aparecer. Hasta los beduinos y tuareg trashumantes se han fijado a la tierra y han olvidado sus anteriores correrías. La arena se inmoviliza, y bajo la sombra de las palmeras y de árboles cultivados, el calor se hace más soportable, y grupos de niños, junto a las estípites de las esbeltas datileras, escuchan con atención la lección de sus maestros.

Queda todavía una inmensidad por conquistar. Pero la lucha sigue, y la civilización avanza a través de las soledades salvajes y primitivas.

Jorge Chebataroff



LA PAPA

LA papa, que fue descubierta por los españoles en la vecindad de Quito, es citada y descrita por cronistas de distintas épocas, quienes coinciden en su valor alimenticio.

Es planta herbácea anual, originaria de América del Sur y cultivada en casi todo el mundo, con tallos ramosos, hojas desiguales y profundamente partidas; flores blancas o moradas en corimbos terminales; fruto en baya carnosa, amarillenta blanquesina y raíces fibrosas que en sus extremos llevan gruesos tubérculos redondeados, carnosos, feculentos, pardos por fuera, amarillentos o pajizos por dentro y que son, a no dudar, uno de los alimentos más útiles para el hombre, legado a la humanidad actual por el nativo americano.

Pasan de cien las variedades de papas, y se diferencian por su color, consistencia, forma, tamaño, precocidad, sabor y mayor o menor cantidad de fécula. Se agrupan según sus condiciones más diversas, en alimenticias, forrajeras e industriales. Las primeras se subdividen en tempranas y tardías, según su resistencia al frío. Las papas llamadas tempranas se plantan en diciembre y enero y las tardías en la estación de la primavera. La plantación debe efectuarse con tubérculos enteros; pero lo más común es partarlos en pedazos de modo que cada uno tenga dos yemas o una por lo menos.

Generalmente se da una labor de preparación con el arado de 30 a 40 centímetros de profundidad y más, cuando es necesario; según la tierra se pasa la greda o tabla para romper los terrones, dejando el suelo bien desmenuzado.

La madurez de los tubérculos la demuestra el aspecto de la planta; las hojas, de verde intenso, se vuelven amarillentas; los tallos pierden su brillo, tornándose rugosos, y el vegetal decae. El tubérculo pierde su color verdoso y la piel se adhiere fuertemente a la parte carnosa; en tales condiciones se procede a su recolección.

Las papas tempranas son pequeñas, de forma regular y superficie lisa; la carne amarilla, la piel delgada y casi desprovista de ojos. No es muy productiva, pero es excelente por su calidad.

La papa tardía es de forma redonda y de carne amarillenta; no es de clase muy fina, pero sí de mucha producción y de fácil conservación.

La papa forrajera se cultiva en gran cantidad y se caracteriza por su producción. Su condición de forrajera no significa inferioridad de calidad. Es, por el contrario, muy recomendable. Su forma es redonda, alargada, de buen tamaño y con escaso número de yemas. Es gruesa, de color rojo intenso; la planta vigorosa. Es llamada maravilla de América.

La papa industrial es destinada a la obtención de fécula y destilería. En América del Sur, a la fécula de papa se le llama chuño, que se emplea en la preparación de algunas comidas, y disuelta en leche suele servir de alimento para niños y enfermos.

Antes del descubrimiento de América, la papa era planta de cultivo. Fue llevada a Europa, procedente de América del Sur, en el siglo XVI, por los años de 1534, dicen unos, y otros por los años de 1560 o 1570; pero su importancia, como alimento, comienza en el siglo XVIII, cuando Federico el Grande recomienda su utilidad en Prusia, y en Francia, Parmentier, a quien se le atribuye equivocadamente haber sido su introductor en Europa.

La difusión de la papa en Europa, como planta útil y alimenticia, se debe especialmente a Clusius, quien la estudió detenidamente y la hizo conocer mediante pacientes trabajos. Durante mucho tiempo sirvió de alimento a los animales, pero paulatinamente fue ascendiendo en la consideración de los hombres, pasando a ser alimento de los pobres hasta que adquirió importancia universal. De Europa, posteriormente, pasó a la India y China. Constituye así, una riqueza que disfrutaron las cinco partes del mundo, y su cultivo, de resultados positivos, da excelentes productos con reducidos gastos.

José Cruz Rolla

Selección de "Folklore, ritos y costumbres del pueblo guaraní".



EL PERRO

EJEMPLO de fidelidad hacia el dueño y de vigilancia celosa de la vivienda familiar, el perro ha sido celebrado en todas las épocas como el animal más compañero del hombre. Desde las épocas prehistóricas, alrededor de 30.000 años atrás, en el período llamado mesolítico por hallarse entre el paleolítico o edad antigua de la piedra y el neolítico o edad nueva de la tierra, cuando nuestros antepasados cazadores vagaban por las selvas húmedas y las praderas de altos pastos en busca de presas para su diario alimento, el perro figura al lado del hombre.

Algunos naturalistas dicen que el perro no es el primer animal doméstico, y que en el frío período del paleolítico final, el reno fue convertido en el primer amigo del hombre. Pero esta afirmación no está lo suficien-

temente demostrada y por lo tanto el perro conserva la primacía.

Cuando el hombre domesticó al perro, ya existían de este animal diversas razas y tipos: había perros pequeños, medianos y de gran tamaño; de formas ágiles y de aspecto pesado; de naturaleza apacible y de instintos feroces.

Sin embargo, según los sabios paleontólogos que estudian los esqueletos fósiles de los animales conservados en las profundidades de la tierra, parece que hubo un tipo inicial, antes de que apareciera el hombre, dividido luego en dos especies: una situada al norte, de la cual surgió el *canis palustris*, antecesor de los perros lobos, los fox-terriers y los grifos; otra, situada al sur, el *canis intermedius*, de la que descienden los perros de caza de orejas colgantes.

Lo indudable es que desde una lejanísima época el perro fue un amigo abnegado, leal y cariñoso del hombre. Y tanto así lo reconoció el propio hombre que en hebreo perro se dice Kaleb, que viene de ka, como, y leb, corazón; en griego deriva de la voz kyne, acariciar; y en latín se origina en el verbo caneo, o sea vigilar.

Todas estas palabras dicen elocuentemente con qué aprecio calificó el hombre sus generosos servicios.

Los antiguos habitantes del valle del Nilo, los egipcios, tuvieron gran estima por los perros y en las pinturas de la época de los faraones de la XII dinastía se reconocen razas distintas: dos tipos de elegantes lebreles, un perro común de orejas pendientes y un perro guardián de impresionante aspecto.

Una brillante estrella, que aparecía en el cielo poco antes de desbordarse el río Nilo prevenía a los agricultores de la crecida anual, y éstos, agradecidos por el aviso, tal vez en homenaje al perro vigilante le pusieron el nombre de Sirio, que significa el que ladra.

En los relieves tallados por los escultores de Asiria, los grandes perros cazadores aparecen con frecuencia y las leyendas griegas nos los muestran acompañando a la joven Artemisa, la diosa de la caza.

El perro, en la actualidad, acompaña tanto a los pueblos civilizados como a los salvajes. Hay algunas especies no domesticadas, como el dingo de Australia. En nuestro país, en épocas pasadas, la abundancia de animales vacunos y de osamentas abandonadas por los corambreros provocó una extraordinaria abundancia de perros cimarrones, descendientes de perros domésticos refugiados en los montes y en las sierras cual si fueran animales feroces.

El hombre no siempre utilizó buenamente sus servicios. Hubo emperadores romanos de diabólica crueldad que hicieron combatir en las arenas del circo a perros gigantes con leones, y los primeros conquistadores españoles diezmaron a los indios de las islas del Caribe con perros amaestrados. Pero los pueblos civilizados de hoy los honran como se merecen. Hay perros que buscan a los caminantes perdidos en las montañas, perros que apresan a los malhechores, perros que ayudan a los pastores en sus tareas ganaderas.

En algunas ciudades hay cementerios para perros donde los dueños dan sepultura a sus queridos y fieles amigos, familiares casi, compañeros de todas las horas y guardianes silenciosos del dolor o la alegría.

Todo esto confirma que el primero de los animales domésticos es sin duda también el primer amigo en seguir al hombre y el último en abandonarlo pues ni la muerte detiene al can en la defensa de su amo.



UNA de las más atractivas y extrañas leyendas de la antigüedad es la de las cinco generaciones humanas narrada por el poeta griego Hesíodo en su poema "Los trabajos y los días", escrito hace ya 2650 años.

Según esta leyenda, los hombres han ido decayendo; una primera época feliz y perfecta fue sustituida por otras cada vez más tenebrosas hasta llegar a un tiempo sombrío, contemporáneo del autor del poema.

Las edades del mundo, fueron, según esta leyenda, las siguientes: la de oro, la de plata, la de bronce, la de los héroes y la de hierro.

En la primera edad, la de oro, los hombres vivían serenamente, dotados de espíritu tranquilo. No trabajaban porque el suelo producía por sí solo abundantes cosechas, mientras los árboles les brindaban sus frutos y las abejas su dulce miel.

La alegría reinaba entre ellos; en su derredor sonaban los instrumentos musicales y giraban los danzarines; sentadas en grandes mesas, las familias celebraban permanentes y felices banquetes. Además, estos seres no envejecían nunca y no morían sino que entraban en un largo sueño, convirtiéndose luego en divinidades transparentes que volaban sobre la tierra para proteger a los buenos y corregir a los malos.

La segunda edad, la de plata, fue muy distinta. Cien años necesitaba el niño para criarse y cuando había llegado a la adolescencia desaparecía debido a su torpeza. Los jóvenes de la edad de plata eran violentos y continuamente combatían entre ellos, hiriéndose por las causas más insignificantes. Una vez que perdían la vida, se convertían en genios inferiores y en este estado vagaban como tristes sombras por el planeta.

La de bronce fue una generación terrible. Los hombres, al igual que los fresnos de los bosques, eran gigantes y poderosos. No pensaban más que en la guerra; no comían pan sino carne sanguinolenta; su fuerza era inmensa y sus brazos pendían de sus hombros como incansables máquinas de combate. Las viviendas, armas y utensilios domésticos de estos individuos crueles eran también de bronce; y los hombres, por los excesos cometidos, a su muerte, iban cayendo en el reino tenebroso del Hades, sin recompensa posible.

La cuarta generación, la de los héroes, llamados en la antigüedad los semidioses, fue más justa. Estos hombres, valerosos y bellos, dotados de clara inteligencia y recio poder corporal, se dedicaron un día, en mala hora, a guerrear entre sí por causas que reputaban buenas. Y fue

Leyendas del ayer

Las cinco edades del mundo

así como muchos cayeron luchando frente a Tebas, las de las siete puertas, y otros, muchos más todavía, en Troya, adonde habían acudido para rescatar a la hermosa Helena. Al terminar sus vidas, los héroes fueron retirados por Zeus, el padre de los dioses, a las islas de los Bienaventurados, para gozar de una inmortalidad placentera en medio de festines y para recoger sin trabajo tres cosechas abundantes de la tierra perfumada.

La quinta edad era la de hierro. Ojalá no hubiera nacido yo en ella, se lamenta Hesíodo. Porque hoy, dice, los hombres viven en medio de angustias y penalidades, desconfiando los unos de los otros, sin que el hijo respete a sus viejos padres, sin que el amigo ayude al amigo. Ahora, expresa el poeta, reina el derecho del más fuerte; no hay piedad, no hay justicia,

las ciudades son saqueadas y las virtudes son desconocidas. Sólo se respeta a quien se vanagloria de los peores atropellos, y las enfermedades, las miserias y los males han echado eternas raíces entre los hombres.

A esta desoladora época de la historia del mundo, según la narra Hesíodo, no sucedió sin embargo la extinción del género humano. Y en siglos posteriores los hombres se han quejado también de vivir en la peor etapa de la historia del mundo. Pero la humanidad ha continuado su camino y en el corazón de todos los hombres está el sueño de restaurar en el futuro una edad de oro de justicia universal, de amor entre los pueblos y de triunfo de los ideales humanitarios.

Daniel D. Vidart



Espejo del Mundo



EL OZONO, GAS PROTECTOR DE LA VIDA

FUERA de algunas acciones enérgicas pero evitables (insolación, quemadura de la piel), los rayos del sol no sólo no son dañinos para la mayoría de los organismos sino que necesarios. No sería así sin embargo si a algunas decenas de kilómetros de altura de la atmósfera terrestre, no existiera una verdadera capa de un gas llamado ozono, que filtra prácticamente los rayos solares. Si faltara dicha capa, la existencia de los organismos tal como los conocemos en la actualidad, incluyendo las plantas y las bacterias, sería imposible sobre la faz de nuestro planeta. El ozono no sólo constituye un filtro sino un límite para nuestras ascensiones en la atmósfera, salvo que tomemos alguna precaución especial para llevar a cabo éstas. La perpetuación de la vida sobre la superficie de la Tierra, está condicionada por la presencia de este gas singular.

EL VOLCÁN KRAKATOA

EN el extremo occidental de la isla de Java, en el Océano Índico, tres pequeñas islas denotan con su presencia el lugar que en otros tiempos ocupara una montaña volcánica, la que después de haber desaparecido lentamente bajo las aguas marinas, saltó hecha pedazos el 26 de agosto de 1883 en una de las explosiones naturales más tremendas que registra la historia. La erupción del Krakatoa, nombre indígena de dicho volcán, arrojó a la atmósfera y al mar unos dieciocho kilómetros cúbicos de cenizas, piedra pómez y otros materiales, y levantando olas gigantescas que dieron la vuelta al mundo, hizo perecer a varias decenas de miles de personas, destruyó aldeas costeras y lanzó numerosas embarcaciones sobre las playas. El ruido de la explosión fue oído a miles de kilómetros de distancia, en Madagascar y Australia. Las cenizas arrastradas por los vientos se esparcieron por toda la porción baja de la atmósfera, alargando la duración de los crepúsculos.

EL ÁMBAR AMARILLO

EL ámbar vegetal, cuyo color varía del marrón amarillento, al amarillo y a veces blanco, es una resina fósil de las últimas eras geológicas, particularmente abundante en las orillas meridionales del mar Báltico, y que en la antigüedad dio lugar a un tráfico comercial extraordinario. Aún hoy es muy buscado, confeccionándose con él diversos objetos, entre ellos pipas, boquillas, cuen-

tas de collar, etc., utilizándose su residuo después de calentado para preparar un excelente barniz negro. En las investigaciones geológicas el ámbar presta un invaluable servicio, pues gracias a él, se han conservado de lejanas épocas diversas especies de insectos tales como mosquitos, avispa, arañas y hormigas, al ser envueltos dentro de la resina viscosa, que más tarde se convirtió en el ámbar propiamente dicho.

LAS FULGURITAS

CON cierta frecuencia se hallan en los arenales y médanos, tubitos alargados, de superficie externa irregular, y ramificados en forma radial, que presentan en su interior indicios claros de vitrificación causados por la acción del rayo al caer sobre la arena. Parte de ésta es fundida, y a ella se agregan granos próximos quedando adheridos a la masa que sufrió la fusión. El espesor de los tubitos no pasa generalmente de un centímetro, y a veces sobresalen en la superficie de los arenales, gracias a su consistencia. Tales formaciones, debidas a la elevada temperatura del rayo pueden ser halladas en las costas arenosas rochenses, en los arenales que marginan el río Negro, y otros muchos lugares.

Soluciones de "Entretenimientos"

LA TORRE DE HANOI

1º C a III - 2º B a II - 3º C a II - 4º A a III - 5º C a I - 6º B a III y 7º C a III. Si te interesó, puedes ensayar el juego con cuatro discos. Te adelanto que el camino más corto es con quince movimientos.

LA CINTA DE MOEBIUS

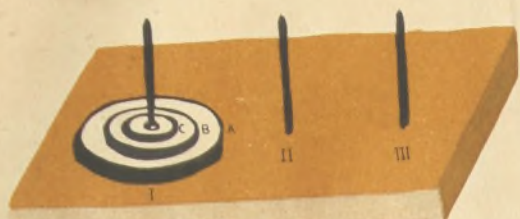
1º Tiene una sola cara. 2º Tiene un solo borde. 3º El primer corte indicado te dará una sola cinta, dos veces más larga y la mitad de ancha que la original. 4º Por el último corte obtendrás dos cintas enlazadas; una, el doble de larga y de un ancho tres veces menor que la cinta cortada; la otra del mismo largo que la original y también con un ancho tres veces menor.

Hace años, cuando Malvin no tenía la edificación ni el arbolado actuales, los vientos circulaban libremente impidiendo la formación de heladas. Hoy el clima se ha modificado por las construcciones y los árboles que determinan recorridos especiales para los vientos marinos.

LOS EDIFICIOS MÁS ALTOS DE AMÉRICA

DOS rascacielos neoyorkinos (Empire State y Chrysler) sobrepasan en altura a la famosa torre metálica de Eiffel, de París, que se eleva a trescientos metros, es decir, más de dos veces la altura del Cerro de Montevideo. Son los edificios más altos del mundo. En América del Sur, el edificio más prominente parece ser el Banco del Estado, de San Pablo, que tiene una elevación superior a la del mencionado cerro. Sabido es que este último tiene su cima a 140 metros sobre el nivel medio de las aguas platenses (en el puerto de Montevideo).

Jorge Chebataroff



EL JUEGO DE LA TORRE DE HANOI

DIBUJA en un trozo de cartón tres círculos cuyos diámetros midan: cinco centímetros, cuatro centímetros y tres centímetros. Recórtalos y perforalos en el centro.

Luego en una madera clava tres clavos a una distancia no menor de ocho centímetros; debes elegir clavos largos para que, atravesando la madera sobresalgan lo menos tres o cuatro cm. En el primer clavo coloca los discos de cartón, ordenándolos según su diámetro, como indica la figura. Así habrás construido una pequeña torre de Hanoi. ¿En qué consiste el juego?

Debes pasar los tres discos al tercer clavo pero de tal manera que mantengan la misma disposición que en el primero. Sólo se puede mover un disco por vez y ninguno de ellos puede colocarse encima de otro que sea más pequeño que él.

Te adelanto que nunca podrás hacerlo en menos de siete movimientos y que si logras dar con esos siete movimientos habrás resuelto el juego en su forma más correcta. Piensa...

Este juego tiene su origen en la más remota antigüedad.

Dice una leyenda que en el templo de Benarés, bajo una cúpula que señalaba el centro del mundo, había una bandeja de bronce con tres agujas de diamante, cada una de 30 centímetros de altura y gruesas como el cuerpo de una abeja.

En la creación del mundo se colocaron 64 discos de oro puro, el mayor de ellos inmediatamente encima de la bandeja de bronce y los demás, cada vez más pequeños, hacia arriba. Esta es la Torre de Brahma.

Día y noche, incesantemente, cambiaban los sacerdotes los discos de una a otra aguja de diamante de acuerdo con el mandato de Brahma, que indicaba que el sacerdote de turno no había de mover más que un disco por vez y que había de colocarlo en otra de las agujas de tal manera que no quedara debajo de él ningún disco más pequeño.

Cuando los 64 discos hubieran sido cambiados de la aguja en que los colocaron en la creación del mundo, a otra de las agujas, se haría añicos la torre, el templo y los brahmanes y en medio de un trueno el mundo dejaría de existir.

Pues bien, los matemáticos han calculado que si los sacerdotes trabajaran las 24 horas del día, a razón de un movimiento por segundo, tardarían más de cinco mil millones de siglos en terminar su tarea.

Como ves, es una de las profecías más optimistas que han hecho sobre el fin del mundo.



LA CINTA DE MOEBIUS

TOMA una tira de papel de 4 centímetros de ancho y 35 centímetros de largo. Pega los extremos, dándole a uno de ellos media vuelta, de la manera indicada en la figura 1. Tendrás así una cinta de Moebius, y habrás obtenido un anillo bastante curioso que te reserva una cantidad de sorpresas.

¿Te animas a decir cuántas caras tiene? Si no lo miras atentamente es casi seguro que te vas a equivocar.

Para que no te quede ninguna duda pinta con tiza de distinto color las caras que encuentres, como indica la figura 2.

Cuenta luego los bordes que le encuentres a la cinta. Recorre atentamente con la punta de un lápiz el borde para no equivocarte.

Esta cinta te va a permitir, con facilidad, hacer guirnaldas para adornar la pieza cuando tengas alguna fiesta.

Toma la tijera y córtala a lo largo, por una línea situada en su medio como indica la figura 3 y te vas a llevar una sorpresa. ¿Cuántas cintas vas a obtener?

Con lo que obtengas realiza la misma operación y verás entonces las guirnaldas que buscabas.

Como sorpresa final construye otra cinta como la primera, córtala a lo largo de una línea paralela al borde, que diste de él, un tercio del ancho de la cinta, y sigue cortando hasta volver al punto de partida. ¿Imaginas el resultado?

Con un frasco de goma, un poco de papel y una tijera puedes entretenerte todavía bastante, experimentando otros cortes que se te ocurran, con cintas de Moebius de distintos anchos.

HACE algunos años la zona de Malvin estaba despoblada. Vivían allí quinteros y en general personas dedicadas a tareas agrícolas. En ese entonces no se conocían allí las heladas.

Con el tiempo Malvin se convirtió en una zona balnearia preciada. Entonces se empezó a edificar y a plantar árboles para embellecerla. Pues bien, actualmente, en Malvin, se producen heladas.

¿Podrías explicar el por qué? No olvides que está bordeada por el mar y piensa qué condiciones son necesarias para que se produzcan heladas.

Hugo Rodríguez





ARTE DEL ANTIGUO EGIPTO

*PÁJAROS EN UNA ACACIA. Fresco en la tumba
del príncipe Khnemhotpe, Reinado de Sésostris II.*

ARTE POPULAR DEL PERÚ



Juguetes en madera policromada
(Feria de Huancayo — Perú)

De la colección de arte popular de Carlos Alberto Garibaldi.

ARTE POPULAR DE BOLIVIA



Alfombra tejida en lana, exhibida en la feria anual de "Alacitas", de la Paz.

De la colección de arte popular de Carlos Alberto Garibaldi y Verdad Rizzo de Garibaldi.

IMPRESO EN EL URUGUAY
POR IMPRESORA REX S.A.